

BIBLIOTECA

Las Grandes Películas

8

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA



PARA
TODA LA VIDA

por
Simone Vaudry
y Paul Menant

UNA PESETA

BIBLIOTECA BARCELONA

Los Grandes Pelms

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Linyetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

PARA TODA LA VIDA

DRAMA RURAL

según la obra inédita escrita ex-
presamente para la cinematografía, por
el insigne dramaturgo

JACINTO BENAVENTE

SERIE DE CINEMATOGRAFIA

EXCLUSIVOS FILMS DE BENAVENTE
Quince de JACINTO BENAVENTE

BIBLIOTECA

MAJOR, 4 - MADRID

Representante para Cataluña y Baleares:

- JAIME COSTA -

CORREJO CIENTO, 317 - BARCELONA

R. 4757

Prohibida la
reproducción

Reservados por la
autoridad militar



JACINTO BENAVENTE

ANTES DE EMPEZAR

Es muy satisfactorio para los productores de películas españolas que el gusto del público sea el que haya impuesto a los concesionarios de películas y los empresarios de cinematógrafos la producción nacional tan combatida y menospreciada por unos y otros.

En todas partes aun en condiciones de inferioridad se protege y fomenta la producción nacional. En España sucede todo lo contrario: siempre estamos dispuestos a la admiración por lo de fuera y a la censura más rigurosa con lo nuestro. ¡Y si fuera siempre de superior calidad la que del extranjero nos llega!

Cierto que en España contamos todavía con pocos autores y con pocos actores que se hayan especializado en el arte cinematográfico, y hasta ahora el teatro ha sido el principal proveedor de autores e intérpretes.

No creo yo que el arte del teatro y el arte del cinematógrafo sean tan distintos, y menos tan opuestos, que no se pueda ser buen autor o actor en ambas manifestaciones artísticas. Ni creo que un arte sea inferior al otro; y puestos en parangón, no sería el cinematógrafo ciertamente el que exigiera en el autor menos condiciones de autor dramático, ni en el actor menos dotes de exquisita sensibilidad y de precisión, digámoslo así, al expresarlas.

En la pantalla el actor no dispone del diálogo, no hay más que un medio de expresar lo que se siente:

sentirlo, y sentirlo con artística sinceridad. Para ello es necesario que el artista sea tan sensible a los diversos efectos que ha de expresar, como a la luz la película impresionable. Quizá en ningún arte como en el cinematógrafo, lo espiritual y lo material han de vibrar acordes.

Y nada como estos modernos inventos, el gramófono, la cineomatografía, las comunicaciones inalámbricas, dejan presumir y alentar no muy remotas posibilidades de afirmaciones científicas en materias de investigación, hasta ahora sospechosas de ilusionismo o de superstición.

Es de advertir la coincidencia de que T. S. F., Telegrafía sin hilos, sea en su fuga de vocales lo mismo que Teosofía.

¡Quién sabe si de todos estos juguetes científicos no vendrá la confirmación de verdades presentadas por espíritas superiores, antecipes — los antecipes son siempre retornos — de verdades perdidas!

¡Quién sabe si la vida entera del Universo no será una gran película ya revelada, de la que nosotros sólo podemos ver lo que a nuestra parte de vida corresponde; pero, por delicada percepción de espiritualidad, algunos grandes iniciados, ya pueden ver, anticipándose a su desenvolvimiento, para asombrarnos con predicciones que nosotros pondremos en duda, pero tal vez, con la admiración de los venideros, lleguen a confirmarse.

Y si alguien, como el barón cortésano, que a oír explicar a un maestro de danzas toda la trascendencia de los pasos de un minué, exclamaba: ¡Cuántas cosas en un minué!, dijera al leer lo que precede: ¡Cuántas cosas en una película!, piensa el mismo

modo. ¡Cuántas cosas en todas las cosas, si con atención las consideramos. ¡Cuántas cosas en un insecto, cuantas cosas en una hierbecilla, tantas como en el cielo con todos sus astros, tantas como en el mar! El temblor del espíritu infinito está en todo lo creado, y miserable el que no acierte a percibirla, porque él será de los que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen. Y a estos de la ceguera y la sordera espirituales, más les valiera no haber nacido.

PARA TODA LA VIDA es un drama rural, castellano; muy español, sin españoladas. Es un drama sencillo. Se inicia por un crimen que deja a dos pobres criaturas desamparadas: el hijo del matador y la hija de la víctima.

Todo a su alrededor les recuerda a uno el crimen, y a otro la muerte de su padre. Todo les habla de odio y de venganza. Pero algo que ellos mismos no saben explicarse, la misma fatalidad en que el destino los ha unido, los lleva, primero a interesarse el uno por el otro, a simpatizar después, por su misma desgracia, a quererse por fin a pesar de todo y de todos.

Es que tal vez así estaba ordenado, para que el amor de los hijos sea la reparación que dé paz y reposo al espíritu de los padres, víctimas irreflexivas, más que de su maldad, de sus violentos impulsos.

Jaime B. Puente

PARA TODA LA VIDA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

PRÓLOGO

Comienza la jornada en un pueblecito castellano de la sierra.

La campana de la humilde iglesia, que ordena el trabajo, el descanso y las oraciones — toda la vida de los pobres aldeanos —, volta al romper el día lanzando su voz a los campos y despertando a los labriegos, que van saliendo de sus casucas y se encaminan hacia los lugares donde les espera la diaria faena.

Duerme todavía el sol en su lecho de sombras. Por la ruta cóncava del cielo ruedan unas nubes de vientres redondos, que comienzan a nublarse y a amarillear con las vibraciones, lejanas aun, de la luz del día.

Como un pequeño ser que naciera a la vida, el pueblo de la sierra se anima poco a poco, con lentos latidos.

Es fría la mañana. Hay nieve en el monte. Unos canes ladran agoraramente detrás de las bardas de un corral.

Y la campana de la humilde iglesia sigue lanzando su voz de timbre amistoso, la voz maternal del pueblo que invita a sus hijos a reanudar el trabajo que la noche interrumpió el día anterior.

Dominando el pueblecito y señoreándolo, vérguese el castillo de los Maldonado, que evoca los tiempos del período feudal y de la resignada servidumbre de los pecheros.

Es el castillo una antigua construcción, pesada y bosca, que admira y atemoriza a los campesinos. Son muchas las tierras que le pertenecen, tierras de pan llevar y de labradío, prados y bosques; grande es el dominio, tanto, que por leguas cuenta su extensión, y en todo lo que abarca, la planta miserable del habitante del pueblecito no puede dejar su huella, como no sea para utilidad del conde de Maldonado.

Guarda jurado del coto del Conde era lo Martín, viudo con una hija única de corta edad a la que quería con toda su alma.

Noble el ánimo y el pensamiento honrado, Martín vivía con su niña sin otras ambiciones que la de criarla con el esfuerzo de su trabajo.

Habíase levantado muy de mañana, pues aquel día, por dedicarlo su señor a los placeres de la caza, hacíase necesaria su presen-



Guarda jurado del coto del Conde, era lo Martín. —

cía en el castillo más temprano que de costumbre.

Antes de salir de su casa, dirigió una última mirada a su hija, la niña Rosita, que dormía como duermen los niños, más cerca del cielo que de la tierra.

Luego, llamando al perro que se hallaba tendido a los pies de la camita, le habló, mirándole fijamente a los ojos:

—Ya sabes que eres el guardián de Rosita. ¡Mucho cuidadito con despertarla!

No muy lejos de la casa de Martín tenía la suya Pedro, hombre recto de piel curtida, el cual, acorralado por el hambre, cuando no tenía trabajo para defenderse de la miseria, arriesgábase como cazador furtivo.

Compartían su familia, compartiendo con él su pobreza, su mujer y su hijo Juan, rapaz de cortos años, lleno de vivacidad e inteligencia, pero de mirada grave y profunda, con esa mirada de los niños para quienes la vida no ha tenido aún alegrías.

Era malo el año; andaba escaso el trabajo, y Pedro, para sostener a los suyos, velase obligado a hacer lo que no quisiera: cazar en propiedad ajena.

La noche última habíanse acostado los tres sin probar bocado. Una tristeza amarga y rebelde mordía el pecho del hombre, que miraba a su mujer, sentada cerca de él, apesadumbrada y consumida por la pena y



No muy lejos de la casa de Martín, estaba la suya Pedro, hombre recto de piel curtida, .

queriendo sonreír, sin embargo, con sus labios pálidos.

No había fuego en el hogar. Un silencio profundo pesaba sobre esta familia que carecía de todo, incluso del único bien del pobre, del bien de la esperanza. Ni gota de aceite en la alcuza, ni mendrugo de pan en la artesa. Nada. No tenían nada.

—¿Hay gazuza, Juan?

La pregunta del padre quiso ser una alegre burla, pero no fué sino un angustioso lamento.

El pequeño, que sabía de las penas de su casa, no contestó.

Con una súbita decisión Pedro levantóse de su asiento, echóse al hombro una manta y cogió la escopeta.

—¿Vas al campo?—preguntó la mujer estremeciéndose largamente.

—¿Qué he de hacer? Si no salgo, ni tú ni el rapaz comeréis hoy.

La madre bajó la cabeza, ocultando las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Ella temía por su hombre, pero su hijo necesitaba comer, y ante este temor, más fuerte que otro alguno, ahogó las palabras que hubiera querido decirle al marido para que no se arriesgase otra vez.

Pedro abrazó a su hijo, lo besó en la frente, apoyó su mano vigorosa en el hombro de la mujer y salió.

Fué una penosa escena, muda y amarga.

La mujer no pudo ni decir adiós a Pedro, porque los sollozos estrangulaban su garganta.

Cogió al hijo y lo abrigó en su regazo. El día empezaba a clarear.



Pedro abrazó a su hijo, le besó en la frente, ...

En el castillo, todos estaban en pie. Acababa de sonar la diana de los cazadores. El conde de Maldonado y sus invitados disponíanse a sorprender la caza del coto, sin que por sus pensamientos cruzara la idea de que, en el pueblo, a aquella hora, una pobre mujer lloraba sobre su hijo porque no tenía qué darle de comer.

Para los favorecidos de la fortuna, la miseria es un espantajo desagradable que procuran mantener alejado de sí, con los ojos cerrados a su espectáculo desolador, defendidos de sus gritos de angustia por los muros que cierran sus dominios.

Las necesidades de los desventurados no son para el rico sino un aliciente que hace más agradable el disfrute de la riqueza.

De pronto un disparo sobresaltó al Conde. Su sentido del derecho de propiedad rebelóse indignado.

—En el monte hay algún cazador furtivo!—exclamó, dirigiéndose a Martín, el guarda.—¿Está visto que no escarmentan... ni tú tampoco!

El guarda se humilló ante el amo, sin replicar palabra.

—No vuelvas sin haber dado con él. ¡Ya sabes que eso es lo único que no consiento!

Ignoramos qué era lo que consentiría el Conde, puesto que prohibía que un hombre, acosado por el hambre, cobrara una pieza, cuando él, con sus invitados, preparábase a matarlas por cientos, sin que a ello le empujara no la necesidad, sino el gusto.

Sumiso a la orden recibida, Martín encaminóse hacia el lugar donde sonara el disparo.

El señor del castillo lo vió marchar y ya perdía de vista al guarda, cuando, volviéndose a sus amigos, les dijo:

—¡Perdonad! Quiero cerciorarme de si Martín cumple mis órdenes. Hace tiempo que desconfío de él.

Porque Martín tenía el corazón en su sitio y alma bastante para condolerse de la desgracia de los demás, el Conde desconfiaba de él, y seguía sus pasos.

Pronto descubrió el guarda al autor del disparo.

—¡Tu habías de ser!—exclamó mirando a Pedro con pena y sin dureza.—Te has propuesto comprometerme. ¿No sabías que estaba el amo en el monte?

—¡Hoy no había que comer en mi casa!—dolióse el cazador furtivo.—Ayer mi Juan acostóse sin tomar nada caliente.

La voz de aquel hombre, tan hombre, sonaba temerosa.

—Tienes una hija, Martín. ¡Por tu hija no me denuncies!

El guarda sintió toda la angustia de aquella suplica.

—El Conde ha oído tu disparo y, mandado por él, venís a buscarme.

Pedro tuvo miedo. ¿Qué sería de su mujer y de su hijo si lo detenían a él? ¿Quién podría valerles en la miseria?...

—¿Y me entregarás a tu amo?

Martín le tendió la pieza muerta y le hizo la caridad de estas palabras compasivas:

¡Anda con Dios, y procura que nadie te vea!

Nada tan humano y gallardo como el gesto del guarda. No lo comprendió así el Conde, quien, con un pobre sentimiento de la propia dignidad, había presenciado, oculto tras unas zarzas, esta escena.

Antes de que el guarda hablara, el señor del castillo le dijo:

—Te he visto con él. Ahora mismo me dices quién es, o quedas despedido.

Martín pensó en su hija. También él era padre y como tal tenía que defenderla, cuidando de que la miseria no asomara en su casa. Por esto confesó:

—¡Era Pedro, señor! Es el hombre más pobre del pueblo... ¡En su casa no hay qué comer!

—¡Que pidan pero que no roben!—replicó el Conde airadamente.

—¡Tiene mujer e hijo, señor!—insistió Martín.

Maldonado se encogió de hombros. Luego sacando una libreta del bolsillo de su casaca de cazador, escribió unas líneas en una tarjeta y dijo al guarda:

—Baja a la carretera y entrega esta tarjeta al peón caminero para que se la dé al cabo de la Guardia civil.

En seguida, cambiando de idea, dió la tarjeta a uno de sus monteras, que partió presuroso a cumplir la orden.

Iba de avanzada el día, y el sol, sin embargo, apenas si relumbraba en lo alto, encaperuzado por las nubes blancas y henchidas que traen la nieve.

En la casita del guarda, la niña Rosita despertaba de su sueño, frotábase los ojos y se abrazaba a León, el perro, su fiel guardián y víctima dócil de sus tiranías.

Rosita ignoraba las delicias de despertarse teniendo a su lado una buena mamá. Huérfana a poco de nacer, en cuanto tuvo cinco años supo suplir a su madre en ciertos menesteres; y así ella sola se arreglaba y vestía sin necesidad de ayuda.

Después de sonreír al perro, víctima paciente y gustosa de sus caprichos, echóse de la cama.

Vestida ya, pensando que era una obligación desagradable la de lavarse haciendo frío, miró a León y ocurriósele que, estando los dos tan unidos, bastaba con que sólo uno de los dos se lavara. Y la fuerza de esta consecuencia la indujo a ponerle una toalla al perro y a fregotearle la cara con buena maña.

¡Ya sé que te molesta tanto como a mí que te laven, pero hay que ser limpios!

León ni siquiera gruñó.

La niña, encantada de la obediencia del perro, echábase agua en el hocico y en los ojos a más y mejor. León acabó por estornudar.

—No te incomodes; por hoy ya está bien.
Y Rosita enjugó la cabeza de la mansa bestia, que seguía estornudando.

—¿Te has constipado?

Libre de aquel suplicio, León dió un salto y ladró alegremente, tranquilizando a la niña acerca de su salud.

De esta manera pasaban las cosas en casa del guarda, mientras el cazador furtivo llegaba a la suya y decía a su mujer:

—¡Martín me ha echado del monte pretextando que el Conde estaba de cacería!

Pedro regresaba de su frustrada expedición con todo el pensamiento turbado por la desesperación y una brasa de rabia en el alma.

—Acaso sea cierto—repuso la mujer.

—Páreceme que no lo es... Cuando la pobreza es mucha, los amigos se vuelven enemigos.

Juan, el hijo, oía a su padre sin comprender claramente el sentido de las palabras; pero adivinando el rencor que latía en ellas.

—¿Con tal que no me denuncie!

—Martín es un buen hombre; nunca hizo mal a nadie... ¿Por qué te habla de denunciar?

—Para que no vuelva a comprometerlo, yendo a cazar al coto del señor Conde.

La mujer, procurando ocultar sus temores y apaciguar las inquietudes de Pedro, insistió:

—¡Martín es bueno! ¡Nunca hizo mal a nadie!

—Pero puede hacerlo...

Iban descaminados los racelos del hombre. No eran justos. Y es que cuando la desgracia pone alas al pensamiento, éste sólo sabe volar dentro del recinto de la angustia.

Sin embargo, el guarda no tenía entonces otra preocupación que la de salvar al cazador furtivo de la cólera del Conde de Maldonado.

Caminando por un atajo, dirigíase en busca del peón caminero encargada de entregar la tarjeta denunciando a Pedro.

Ya había comenzado la cacería, y del tado del bosque llegaban los ladridos de las jaurías y las detonaciones de los primeros disparos.

Azuzado por el deseo de librar a su vecino de la denuncia de su amo, Martín apuraba el paso, siguiendo una trocha áspera, sembrada de cantos y llena de los obstáculos de las raíces, que asomaban a flor de tierra, por la que reptaban como sierpes monstruosas.

En la cuneta de la carretera, a la puerta de una casilla, estaba el peón caminero, defendiéndose del frío de la mañana delante de una pequeña hoguera, que alimentaba de cuando en cuando con retamas y hojas secas.

El peón vió venir al guarda y le saludó:

—¡Hola, Martín!

—Sin contestar al saludo, el guarda preguntó:

—¿Te ha entregado un criado del señor Conde una tarjeta para el cabo de la Guardia civil?

—¡Sí!

—¿La tienes aún?

—No, ya la entregué.

La pena de Martín se hizo tan ostensible, que el peón caminero lo notó.

—¿Pasa algo malo?

—Pasa... lo de siempre. Tú conoces a Pedro; para él el año ha sido peor que para nadie. No hay trabajo en el pueblo, Pedro tiene mujer y un hijo, y ha de darles de comer... Pues bueno, hace una hora vino al monte del señor para cazar algo, y mi amo lo ha sabido y lo ha denunciado.

—¡Qué falta de caridad!

Los dos hombres se callaron. El humo de la hoguera ascendía a lo alto dibujando una columna de largo fuste, entera y firme en la calma de la atmósfera de aquella mañana fría y sin viento.

—Parece como si los ricos tuvieran los ojos cerrados para la miseria del pobre— dijo el guarda.

El peón caminero dobló el cuerpo hacia el suelo, cogió una rama, la hizo pedazos y la echó al fuego.

—No hay sino callar y tener paciencia—

murmuró—. Y la más que nadie, Martín, pues eres criado del señor Conde.

—¡Si no fuera por mi hijo!...

—No digas más, Martín... La vida es como es, y punto en boca.

Cierto, si no fuera por su hija, el guarda hubiera arriesgado su empleo negándose a dar el nombre del cazador furtivo cuando el Conde se lo exigió amenazando con despedirlo. El recuerdo de aquella niña, que no tenía más que a él en el mundo, desató su lengua. Sin embargo, el guarda sentía algo como el escozor de un remordimiento en su conciencia.

—¿Qué resultaría de la denuncia del Conde?

Martín quiso librarse del torcedor de esta pregunta y pensó en su hija, que ya debía estar levantada.

Era la hora del desayuno de Rosita. La pequeña, después de fregotecarle la cara al perro, se puso a la mesa con León, al que tuvo el buen cuidado de atarle al cuello una servilleta para que no se manchara.

—Vamos a comer, León. Esto te parecerá mejor que lavarte la cara... En todo estamos de acuerdo.

La alegría del hogar del guarda, que Rosita llenaba con sus risas infantiles, era el reverso de la tristeza que reinaba en la casa de Pedro.

La humilde familia estaba abrumada por las noticias que trajera el cazador furtivo.

Guardaban silencio el hombre y la mujer, y el niño paseaba sus ojos del padre a la madre, adivinando el dolor de sus almas.

Inesperadamente, aquel silencio fué interrumpido por la presencia de la Guardia civil.

—Pedro el Morenos, ¿es aquí?

—Aquí es—contestó el cazador, poniéndose en pie.

—Traemos una denuncia con orden de registrar la casa.

Con la mirada espantada, la mujer miraba a los guardias, quienes, demasiado buenos servidores del que mucho tiene, apenas si pueden ser amigos del que de todo carece.

El rostro de Pedro había adquirido una expresión dura y rencorosa. Atribula la presencia de la pareja en su casa a Martín, y el odio contra su vecino adquirió pronto el desarrollo de una pasión que no podría calmarse sino con la venganza.

Para el niño, en cambio, aquello era un espectáculo curioso. Al principio fijóse en los tricornos charolados, en el brillo del corseje y en el aspecto solemne de los individuos de la benemérita. Luego presintió que un peligro amenazaba a su padre y tuvo un poco de miedo.

El registro no había dado resultado alguno.

—¿Dónde tienes la escopeta?

Pedro no contestó. Entonces Juan, el hijo, creyendo salvar a su padre, inocentemente

fué al escondrijo donde estaba oculta el arma, y él mismo con sus manos puras la entregó a los guardias.

—¡Quedas detenido!

Pedro volvió los ojos a su mujer y al niño. No dijo nada. Tenía la garganta seca y el pensamiento oscurecido por ideas negras.

—¿Vamos?

El hombre se puso en medio de los guardias y avanzó hacia la puerta, pero los brazos del hijo vinieron a interponerse en aquel camino.

—¡Padre... no te vayas!

Pedro se detuvo, se inclinó sobre el pequeño y lo estrechó contra sí:

—¡Juan... mi Juan!...

Nuevamente se irguió y dijo a la madre:

—No llores, mujer.

Luego, altivo y ceñudo, salió.

—¿Por qué se lo llevan, madre?

—Porque no hay caridad ni compasión... porque el pobre, aunque sea honrado y trabajador, es como un perro al que se apedrea cuando tiene hambre.

Los sollozos estrangulaban las palabras, y la madre se abrazó al niño, conteniendo los gritos que le arañaban la boca.

—¡Se lo han llevado, hijo!...

Y los dos, solos, desamparados de Dios y de las hombres, unieron sus lágrimas... Horas después, el niño se había dormido y la mujer lloraba sobre él silenciosamente.

Aquella noche, Martín, en la taberna del pueblo, no respondía a las preguntas de sus amigos, ni intervenía en sus conversaciones.

—¿Qué tienes, Martín?— inquirió uno.— Pareces caviloso.

—Es que no dejo de pensar que Pedro creerá que yo tengo la culpa de su denuncia— contestó el guarda.

—¡Ya sabrás que no es cosa tuya!

—¿Por qué lo va a saber?

—Hombre... él te conoce, y no ha de imaginar que seas tú el culpable de su desgracia.

El guarda movió la cabeza con desaliento.

—Pedro es desconfiado— dijo.

—Nosotros nos encargaremos de convencerlo... Anda, bebe y no caviles más.

La promesa de sus amigos animó algo al guarda, que había temido que se le achacara a él la detención de Pedro. Pero sus vecinos conocíanle lo bastante para no dudar de la rectitud de sus intenciones.

Con esta confianza, Martín volvió a su casa y, como todas las noches, para distraer a su hija se puso a leerle un libro de cuentos. El guarda procuraba olvidar en lo posible la tristeza de su prematura viudez con el cariño de Rosita:

—¿Qué quieres que te lea hoy, nena?

—Léeme el cuento de Caperucita.

El buen padre abrió el libro, y su voz lenta y segura repitió los incidentes del cuento. Al poco, la niña cabeceaba luchando

con el sueño, y no tardó mucho su cabecita en apoyarse en el borde de la mesa.

Martín dejó de leer y, cogiendo la niña en brazos, la acostó, temiendo, al desnudarla, ternuras de madre.

A la noche siguiente presentóse en la taberna el cazador furtivo, que acababa de salir de la cárcel del pueblo.

Su entrada violenta y su aire de reto hicieron que se levantasen los amigos del guarda con el propósito de explicarle lo que había sucedido y cómo el Conde era el único culpable de la denuncia.

Antes de que pudieran hablarle, lo hizo Pedro:

—No os molestéis... Vengo en busca de Martín.

Acercóse al mostrador y apuró una copa.

La puerta de la taberna abrióse de nuevo y apareció el guarda, que se dirigió rápidamente al cazador, tendiéndole la mano.

Pedro dió un paso atrás, midió al guarda con una mirada y exclamó:

—¡Eres un cobardel...

Martín, que se le había acercado con propósito de justificar su conducta, vaciló ante el inesperado insulto, y antes de que pudiera reponerse, sonó en sus oídos un grito brutal:

—¡Y... maldigo a tu hija!

Bruscamente, al oír aquella maldición contra el ser que más quería en el mundo, el

guarda se revolvió, y su puño certero, cayendo en el rostro del maldiciente, derribólo al suelo.

Cuando Pedro se levantó, entre él y Martín habíanse interpuesto algunos vecinos.



...y apareció el guarda, que se dirigió rápidamente al cazador, tendiéndole la mano.

Una hora más tarde, el guarda salía camino del monte con objeto de dar la ojeada de costumbre.

Había mucha nieve en los campos. La noche era negra arriba y blanca en la tierra. Era aquel un paisaje de desolación.

Oculto detrás de un árbol, Pedro esperaba al guarda.

—¡Martín!

El guarda detuvo su caballo al oírse llamar. Luego, reconociendo a Pedro, descalgó.

—Vengo en tu busca.

La actitud desafiadora del cazador furtivo le hizo recordar a Martín la maldición del día anterior.

—¿Qué me quieres?

Quiero que aquí, solos, sin más testigos que Dios, arreglemos nuestras cuentas. Estoy en tu terreno; puedes matarme y decir que has matado un ladrón. ¡Si yo te mato a ti, no podré decir lo mismo... aunque sea verdad!

En medio de la noche, sobre la nieve, los dos hombres se acometieron y las manos del cazador furtivo vertieron la sangre del guarda.

Y la nieve siguió cayendo durante la noche...

Al amanecer descubrióse el crimen, y el criminal, esposado, fué conducido a la cárcel, de donde salió, algún tiempo después, para ser llevado a presidio, donde le esperaba la muerte.

Había en el pueblo una escuela, que regentaba doña Escolástica, maestra del an-

ligno régimen, de las que vialetra con sangre entras, mujer agría, chupada, vieja, fea y con genio avinagrado.

A esta escuela asistía Rosita, la hija de Martín, recogida por unos tíos suyos a la muerte de su padre.

Un día, al salir de las lecciones de doña Escolástica, una de las alumnas dijo a la huérfana, señalándole a un rapaz que acaba de aparecer en la revuelta de la calle:

—¡Ese chico es el hijo del que mató a tu padre!

La niña miró al rapaz y, con brusca decisión, cogiendo una piedra la arrojó contra el chiquillo, que cayó con el rostro manchado en sangre.

Asustada de su obra, Rosita huyó con su amiga, mientras un hombre y unas mujeres corrieron en ayuda del niño.

—Vosotras id en busca del médico—dijo el hombre.—Yo me encargo de llevar a Juan a casa de su madre.

No tardó el médico en presentarse en casa de la mujer de Pedro, el matador de Martín, y reconociendo al niño, dijo:

—¡La herida no es de cuidado! Eso sí: la señal le quedará para toda la vida.

Aquí concluye el prólogo de este drama rural castellano.

Han pasado los años...

Rosita, la hija de Martín, es ya una mujer: la rosa gala del pueblo. Al verla todos dicen: «Si la viera su padre, qué orgulloso estaría.»

Juan, el hijo de Pedro, es también todo un hombre, del que todos dicen: «A lo menos su pobre madre tiene el consuelo de ver a su hijo hecho un mocetón trabajador y honradote»

La orfandad de los dos niños pusiérase a salvo con los años por voluntad de Dios y caridad de los hombres.

Solo con su madre, Juan había crecido recto de cuerpo y honrada el alma. Pero su infancia fué muy triste. Su despierta inteligencia hizole comprender muy pronto la tragedia de su casa: eran las lágrimas de la madre y la ausencia del padre que se consumía en presidio: era el penar de la buena mujer que le diera la vida, bregando día y noche por llevar a la casa un mendrugo de pan que dar al hijo, y luego aquella cicatriz, aquel sarco rojo en su piel producido por la pedrada de Rosita, huella imborrable que le recordaba siempre el crimen del cazador furtivo.

El transcurso de los años transformó al niño en hombre, y Juan estaba hecho un mozo cumplido, alto, fuerte y guapetón acaso un poco triste, acaso un poco amigo de la soledad, que el recuerdo de la sangre vertida del guarda y de la desgracia de su padre no podía apartársele del magín.

Lo mismo acontecía a Rosita. Criada en el hogar de unos parientes, creció hasta convertirse en un primor de moza, y era tan apañada que el nombre venía como de perlas. Timida, modosa, bonita y perfumada como un mayo, también pesaba sobre ella la losa sangrienta del recuerdo.

Y a los dos, a Juan y a Rosa, los vecinos los querían: por trabajador y honrado a él, y por linda y buena a ella.

No se desmiente en ellos la sangre de los padres—comentaban los viejos cuando los veían.—¡Lástima de hombres! Púsolos la desgracia frente a frente.

Sin embargo, los dos huérfanos sentían que el abismo de aquel crimen los separaba, y nunca, aunque los ojos se encontraban, dijéronse nada con los labios.

La vida del pueblo de paz y trabajo durante todo el año, interrumpía su sosiego por el alegre bailar y cantar con que mozos y mozas celebraban las fiestas del plenilunio.

Al llegar la noche, apenas asomaba el disco redondo y argentado de la blanca luna,



Timida, modosa, bonita y perfumada como un Mayo, también pesaba sobre Rosita la losa sangrienta del recuerdo.

los mozos, en grupos, hacían ronda por las calles.

Juan los vió venir, apoyado en el quicio de la puerta de su casa. No se había unido a ellos, porque a él le faltaban la alegría y la paz del espíritu.

Oyó que le llamaban y dió un paso, saliendo al encuentro de sus amigos.

—Buenas noches, Juan.

—Buenas noches a todos.

Venimos a buscarte para ponerles las enramadas a las mozas.

De carácter retraído, con la pesadumbre de la desgracia de su padre muerto en presidio, el hijo acóse a acompañarlos.

—¿No vienes entonces?

El repitió su negativa, sin apoyarla con muchas palabras.

—¡No voy!

—Pues queda con Dios.

Y otra vez en la puerta de su casa, Juan vió marchar a sus amigos, que alborotaban el silencio y las sombras del pueblecito con cánticos y el resplandor de las antorchas.

Para la gente joven aquella fiesta era la más alegre del año, pues servíales de pretexto para encender candelas al amor.

Esperando a los mozos, las jóvenes componían su persona con todo regalo, antes de asomarse a las ventanas, en las que los novios ofrecerían a sus amadas el homenaje de su cariño con coronas de ramas, símbolo

de la esperanza a la que pronto glorificará la posesión.

También Rosa se engalanaba para la fiesta, aun cuando no esperaba que ninguno de los mozos del pueblo prendiera en su ventana la enramada simbólica.

Con ella estaban sus dos primos: Angelita, que la quería como una hermana, y Ramón que la quería... mucho más que como hermana.

Un poco aparte, los tíos de la huérfana observabanlos con esa mezcla de curiosidad y recelo de los padres que se dan cuenta con disgusto de que al hijo le gusta la pariente pobre que ellos recogieron en su casa.

Criados juntos, Rosa y sus primos sentíanse unidas por el parentesco, la identidad de costumbres y aficiones y por el cariño, limpio y claro en Angeles y apasionado en Ramón.

Ella no dejaba de notar la diferencia del afecto que le tenían los dos primos, procurando mantener a Ramón alejado de su alma, aunque como a hermano le quería. Dábase cuenta de que aquel amor podía ser un peligro, aparte de que su corazón no deseaba entregarse al hijo de sus parientes.

Hasta entonces habían vivido sin turbaciones íntimas. Las palabras no dijeran aún lo que decían los ojos. Sin embargo, Rosa comenzaba a temer de su primo, y no tanto por él como por los padres del mozo, para

quienes ella era la pariente pobre, sin otra fortuna que la de su juventud y belleza, bienes éstos que no cuentan, o cuentan muy poco, en el hogar del campesino.

Terminado su arreglo las mozas, toda la familia hallábase reunida en la habitación más espaciosa de la casa, el comedor: los jóvenes a un lado y un poco aparte los viejos.

—¿Esperas impaciente que vengan a ponerte la enramada? preguntó a Angeles la huérfana.

—No puedo disimularlo, y eso que sé que él ha de venir.

Angelita iba de un lado a otro, asomándose a la ventana y volviendo al lado de su prima con esa inquietud febril y gozosa de la novia.

—¿Y tú, Rosa?—preguntó Ramón a su prima. ¿Esperas enramada?

—No, yo no espero nada... Pero la alegría de los demás me alegra a mí también.

—Con poco te contentas.

Ramón sentóse cerca de su prima y le murmuró al oído:

—¿Si tú quisieras...

La muchacha tembló, asustada; sus ojos miraron al joven rogándole que callase, que siguiera ocultando sus pensamientos, pero él prosiguió:

—He cortado el ramo más hermoso de todos, y porque tú no quieres, no sé dónde ponerlo. ¿Quieres que sea a tu ventana?

Los ojos de la huérfana advirtieron la

intimidad del diálogo de los primos. Esto era lo que venían temiendo desde algún tiempo atrás y lo único que los sobresaltaba, haciéndoles desagradable la estancia de Rosa en la casa.



—¿Y tú, Rosa? ¿Esperas enramada?

—No, yo no espero nada... Pero la alegría de los demás me alegra a mí también.

—¡Fíjate en Ramón y Rosa!—dijo el padre a su mujer.

—Viéndolos estoy.

—¿Y qué piensas?

—Tu has de decirlo.

El hombre se inclinó hacia su mujer y expuso sus temores rudamente:

—Esto no puede continuar así. A Ramón le gusta su prima más de la cuenta.

—¿Y de ella no dices nada?

—Digo que se ande con cuidado... Pero tengo para mí que no es suya la culpa, sino de él. ¡Y vamos... no puede ser! Hay que acabar cortando por lo sano.

No había necesidad de que el padre de Ramón interviniera para impedir que los primos pusieran de acuerdo sus deseos, ya que los de Rosa no llevaban la misma dirección que los de su primo.

—No, Ramón. Tú eres para mí como un hermano. Yo soy muy poco para ti...

—¿Por qué eres poco para mí?—preguntó él.—Yo te quiero por guapa y por buena. Si tú me correspondieses...

—¡Y si tus padres supieran que me querías... me echarían de su casa! No pienses en eso y seamos como hermanos.

Calló Ramón. Con suaves palabras, llenas de energía, sin embargo, su prima acababa de poner un obstáculo a sus propósitos. Ella no le amaba o no quería amarle. Quizá quisiera a otro... Este pensamiento le turbó.

—¿Estás enamorada de otro mozo?

Rosa apresuróse a contestar:

—¡Te aseguro que no!

—No tardaré mucho en saberlo.

Por curiosidad, que no por otra cosa, pues

estaba segura de que las averiguaciones de su primo no tendrían resultado, la huérfana preguntó:

—¿Y cómo lo sabrás?

—Pues viendo si alguno te pone enramada. La voz de Rosa se apenó, diciendo:

—Descuida: nadie me la pondrá.

Dejando la ventana, de la que no se apartaba un instante, Angelita entró en el comedor, gritando:

—¡Ya vienen los mozos!

Los tres se acercaron. Por la calle aproximábanse en grupo compacto los jóvenes del pueblo, iluminados por las llamas de las teas que portaban en alto. Entre ellos venía José, el novio de Angelita.

Detuvieronse frente a la casa y José llamó a Ramón:

Baja, tú... Venimos a buscarte.

—Allá voy.

Ramón reunióse con sus amigos y los mozos continuaron su ronda.

Juan era el único que no disfrutaba de la fiesta. Más de una vez vió pasar a sus amigos por delante de su puerta, y siempre contestó con una negativa a su invitación.

Viendo la alegría de los demás, pensaba que él sólo penas había tenido en la vida desde que se llevaron a su padre. Trabajar, trabajar siempre, de la mañana a la noche, para que su viejecita tuviera, en medio de su triste viudez, el consuelo de una vida

bolgada: a esto reducíase su vida, igual un día y otro, lo mismo un año y otro año, sin que la alegrasen nunca ni risas ni amores.

Apartándose de su casa, Juan comenzó a caminar a la ventura, tratando de huir del bullicio de los que eran dichosos.

Al dar la vuelta a una casa en ruínas, encontráse a Pilaro, el tonto del pueblo, por quien decía la copla:

«A mí me llaman el tonto,
el tonto de mi lugar.
Todos viven trabajando,
yo vivo sin trabajar.»

—¿Qué haces aquí?

Juan sacudió a Pilaro de un brazo, levantándolo del suelo y empujándolo con rabia, como si quisiera descargar en él desgraciado todo el dolor y toda la ira de su amargura.

—Déjame, Juan... Yo sé bien quién eres tú, y tú apenas si sabes quién soy yo.

Juan no hizo caso de las palabras del tonto, el cual se puso a seguirlo, pues sabía que el hijo del que mató al guardo del conde de Maldonado era incapaz de hacer mal a nadie.

Cuando Juan se detuvo, para sumirse de nuevo en sus tristes pensamientos, Pilaro le pujó de un brazo.

—¿Has reparado que la ventana de la Rosa no tiene cerradura?

El mozo volvió los ojos hacia la casa en que vivía la huérfana y comprobó la verdad de la observación del tonto.

—¿Y a mí qué se me da?—dijo encogiéndose de hombros.

—¡Pobrecilla! Debíamos ponerle una.
Juan se revolvió amenazador.

—¿No sabes que es la hija del que mató mi padre?...

Sin asustarse, siguiendo el curso de sus ideas, Pilaro, con la sonrisa bondadosa del idiota en los labios, añadió:

—¡Es tan guapetona! Además, eso será una razón para que ella no te quiera... pero no para que a ti no te guste.

Juan se estremeció. El tonto acababa de descubrirle el secreto que llenaba su alma. Era cierto: le gustaba Rosa, pensaba por ella, pensaba a todas horas en la huérfana que un día le rompió la frente con una piedra señalándole *para toda la vida*. Ninguna otra moza del pueblo, a no ser Rosa, le atraía. Pero él no podía quererla. Entre los dos alzábale el fantasma de la muerte..

—No estés cabiloso, Juan, que bien sé yo que, tanto tú como ella, de tanto saber que no podéis miraros de cerca, os estáis mirando de lejos.

Y Pilaro, después de esperar a que sus palabras surtieran su efecto en el ánimo abatido de Juan, volvió a proponer:

—¿Qué, no quieres que vayamos a ponerle la enramada?

Y en la ventana de Rosa lució aquella noche, antes que en ninguna otra, el homenaje de un mozo amador que quería a la huérfana, aunque no pudiera decirselo.

Los mozos, en tanto, siguiendo su ronda bulliciosa, disponíase a engalanar las ventanas de sus novias. De los labios brotaban las canciones como flores de estío, rojas y perfumadas. Por todas partes cundía la algazara. Era aquella la fiesta de la juventud, la noche de las promesas que han de impulsar el amor hacia las alegrías de las horas nupciales.

Bajo las miradas de los viejos, llenas de añoranzas, los mozos hacían gala de su júbilo, despertando los recuerdos en la memoria de los ancianos.

—¿Quién nos diera volver a la mocedad! —pensaban los abuelos.

Y sentados a las puertas de sus casas, miraban a sus hijos y a sus nietos, alegrándose con su alegría.

Lo mismo que los jóvenes de hoy, ellos, en otros tiempos, habían disfrutado de estas fiestas. Entonces sus cuerpos se erguían vigorosamente; sus brazos y sus piernas eran fuertes; en sus ojos brillaban las miradas y la sangre corría por las venas con latidos de vida. Ahora, los cuerpos inclinábanse como si mirasen a la tumba; temblaban las

manos, las piernas flaqueaban al andar, eran apagadas las miradas y la sangre comenzaba a enfriarse en las venas... La vida con sus alegrías y sus dolores había ido consumiéndolos poco a poco y ahora empezaba a abandonarlos...

Mas allí estaban los que habían de perpetuarlos: los hijos y los nietos que trabajarían los campos que ellos trabajaron antes y encenderían el fuego en el hogar que ellos supieron crear...

Un anciano sonrió y dijo:

—Este año habrá muchos casorios, y los árboles del monte quedarán sin ramas para adornar las ventanas de las mozas.

Y otro anciano repuso:

—La que nosotros hicimos siendo mozos haciendo ellos ahora que somos viejos... ¡Es la vida!

La ronda acababa de detenerse delante de la casa de los tíos de Rosa.

—Por lo visto alguno se te ha adelantado —dijo Ramón al novio de Angelita— La ventana de mi hermana ya tiene enramada.

—¡No hay quien se atreva! —exclamó José.

—¿No la ves o es que no quieres verla?

—¡Vuelvo a decirte que no hay quien se atreva! No hay mozo en el pueblo que no sepa que Angelita es mi novia, y ninguno vale más que yo para quitársela.

—¿Pues para quién iba a ser la enramada

que han puesto en la ventana?—pregantó Ramón.

—Para Rosa. ¿Te apuesto lo que quieras!

—¿Es que tú sabes algo?

—Yo no sé nada; sólo sé que a la ventana de Angelita no hay quien se atreva a ponerle lo que nadie más que yo puede ponerle.

Ramón sintió el arañazo de los celos.

—Ve tú a ponerle la enramada a mi hermana, dijo—que yo pronto he de saber si esa otra es para la Rosa.

Observándolo todo, Pilaro sonreía y callaba.

Horas después, la gente del pueblo salió al campo, donde siguiendo la tradicional costumbre, se quemaban las hogueras.

Era la noche azul, como noche de San Juan, toda blanca de luna. Las llamas de las fogatas enrojecían los campos, y por todos los alrededores del pueblo, y aun más allá, en las alturas de los montes, extendíanse las lumbres de los que festejaban la nueva época del año, cuando los frutos comienzan a granar.

Ramón, que andaba preocupado por el descubrimiento que había hecho José, miraba a los mozos que danzaban alrededor de las hogueras. Parecía buscar a alguno.

—¿Eres tú, Juan? Me alegro encontrarte.

El hijo de la viuda destacóse del grupo en que estaba y llegó hasta Ramón.

—Tú dirás.

—A la Rosa le han puesto enramada y dicen que has sido tú...

—¿Quién lo dice?

—Lo de menos es quien lo diga; basta con que uno lo hable... Y si eso es cierto y te lo callas... ¡eres un cobarde!

Juan quiso arrojarse contra el que lo insultaba. No pudo hacerlo, porque entre los dos se interpuso gente, y regresó a su casa más triste que nunca, acordándose de que su padre, ofuscado por la cólera, había matado a un hombre. Aquella sangre vertida entonces era el dolor de su vida, y aquel abismo abierto por un puñal separábase hoy de la única mujer a la que amaba.

Con el nuevo día volvió para los tranquilos aldeanos del lugar la paz y el sosiego de su monótona vida.

La campana de la humilde iglesia sonó en la mañana, llamando a los fieles.

Pilaro vió venir a Rosa, que, con una manteleta echada por los hombros, dirigíase al templo.

Ya iba a entrar, cuando el tonto la detuvo diciéndole:

—Sé una cosa, moza, una cosa que tú también quisieras saber.

—¿Y qué cosa es, Pilaro?

—Como soy tonto, todo me lo cuentan.

Nadie se recata de hablar delante de mí y todo lo oigo.

La huérfana fué intrigada por Pilaro.

—¿Y qué es lo que te han contado y lo que tú has oído?

Pues me han contado que te habían puesto una enramada y he oído el nombre del mozo que te la puso.

—¿Cómo se llama?

—Juan!

Rosa tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Luego, bajando la cabeza, los ojos humillados, sin preguntar más ni querer saber más, confusa y turbada atravesó el atrio y entró en la iglesia.

Mientras los devotos acudían a la misa, las mozas festejadas retiraban sus ramos de los balcones.

Aparado por lo que sabía, Ramón andaba ensimismado.

Es inútil que pienses en tu prima —le dijo su madre.— Ni tu padre ni yo hemos de consentir que te cases con una pobre.

—Pues si Rosa quiere, pobre o rica, me casaré con ella.

—¿Y nos darías ese disgusto, hijo?

—En estas cosas, madre, uno no luce caso más que de su corazón.

—¿Es que tu padre y yo no somos nada para tí?

Ramón no contestó. La puerta acababa de abrirse, dando paso a Rosa.

—No, Ramón—dijo ella.— Por mí no quiero que haya el menor disgusto. Yo me iré.

El mozo protestó violentamente.

—¿Por qué te has de ir?



... y a la mañana siguiente Rosa abandonaba la casa en que se crió,...

—Ya puedo ganarme la vida... ¡Es muy triste vivir de limosna!

No se habló más, y a la mañana siguiente Rosa abandonaba la casa en que se crió, dejando dos únicos cariños: los de Angelita y Ramón.

Pilaro fué testigo de la marcha de la

huérfana, y anduvo dando vueltas por el pueblo oyendo lo que se decía, hasta encontrar a Juan.

—Mala noticia tengo que darte, Juan.

—Ya estoy hecho a ellas.

—Esta te dolerá más que ninguna... Sabrás que la Rosa se marchó del lugar porque su primo la quería y sus padres de él no son consentidores... ¡Como ella es una pobre!

—¿Y a dónde se ha ido?

—No muy lejos... Se ha ido a servir a un pueblo de aquí junto, dos leguas escasas de camino.

A medio día, en la solana, las vecinas comadrecaban, cuchareteando de lo ocurrido.

Era el pueblo pequeño. Pocas cosas sucedían durante el año; así que la menor cosa tomaba proporciones de acontecimiento y daba que hablar para muchos días.

Sentadas a lo largo de una pared, recibiendo el aire cara al sol, las vecinas hacían comentarios.

—¿Por qué se habrá marchado la Rosa?—se preguntaban todas.

Pilaro, más sabedor que las viejas, dijo:

—Vos lo voy a decir... Es que su primo la quería y ella no le quiere.

—¡Diantre con la moza!—exclamó una vieja.—¿Pues, qué querrá? Mozo mejor plantado que Ramón no lo hay en el pueblo.

—Es que la Rosa quiere a Juan.

—¡Jesús, Dios nos asista!—clamaron dos vecinas asustadizas.

Y Pilaro añadió:

—Sí, quiere a Juan, que se irá tras ella... a no ser que ya se haya ido.

—¡Pero eso es un pecado! El padre de Juan mató a Martín. ¿No lo saben ellos?

—Pues no lo han de saber!

—¡Está perdida la mocedad de hoy!—lamentó la que nada había hablado.—Nunca se vieron tales cosas en nuestros tiempos.

Todo aquel día y los que le siguieron, las vecinas comentaron la marcha de Rosa, y todos los días se preguntaban si sería aquel el de la marcha de Juan. Porque de que se iría, ninguna lo dudaba. No había más que verlo, siempre solo y callado.

—Es que anda rumiando lo que ha de hacer—decían las comadres.—Ya veréis cómo no tarda en dejar el pueblo.

Una semana después Angelita recibió carta de su prima, en la que ésta, entre otras cosas, decía:

«...Estoy acomodada en la mejor casa de aquí, con la señora Eufemia, una viuda que es la más rica del pueblo. El ama parece buena y está muy contenta conmigo... Pero me acuerdo mucho de ti y de tus padres también, y sólo les pido que me perdonen, que yo no he tenido culpa de nada...»

De esta carta no tuvieron noticia las comadres, ni Pilaro tampoco. El tonto, sin

embargo, había averiguado en qué pueblo estaba Rosa, y por él lo supo Juan, cuya pesadumbre hacíase mayor cada día que pasaba.

La madre de Juan, que dedicó toda su



—Algo te pasa, hijo mío. Muy caviloso andas.

vida y sus cuidados al amor de su hijo, concluyó por notar su tristeza.

—Algo te pasa, hijo mío, le dijo un día. Muy caviloso andas.

Las palabras de la madre rompieron los diques de la pena del hijo.

—¡Madre, yo no puedo seguir viviendo en este lugar!

—¡Tan mal te va en él!

—Quiero irme a trabajar fuera.

—¡No lo digas, hijo mío! Piensa que tu madre no tiene a nadie más que a ti en el mundo.

Pero Juan lo había pensado mucho. Desde que Rosa se había ido, su única preocupación era la de volverla a ver. Por más que hizo para vencer sus deseos, éstos fueron más fuertes que su voluntad. Tuvo entonces conciencia de cómo quería a la huérfana y formó el propósito de dejar el pueblo, para marcharse a su lado.

—¿Y me dejarás sola?—gimió la madre.

—El pueblo a donde pienso ir, no está lejos.

Con un sobresalto de angustia, la mujer preguntó:

—¿Y si yo te pido por el recuerdo de tu padre que no te vayas?

—Es igual, madre; de todas maneras me iré.

Muerta de pena, la madre calló, porque aunque nadie le había dicho nada, ella lo adivinaba todo.

II

Rosa había entrado al servicio de una viuda joven y hacendada, llamada Eufemia.

La casa era grande y rica, y el ama no era mala. Ciertó que la huérfana tenía que

trabajar, pero la pagaban y la trataban bien, y nunca pensó Rosa hartar el hombro a la faena, por dura que fuese.

La viuda, que estaba en toda la sazón de su belleza, con sus veintiséis años granados, era mujer arrogante, alta y fuerte, pomposa y llena, blanca como la nieve, los ojos muy negros y los labios muy rojos.

Tenía un hermano, Eusebio de nombre, holgazán de profesión y mozo de cuidado.

Entre los dos hermanos había sus más y sus menos por cuestiones de cuartos, ya que él, que no hacía cosa con cosa ni nada de provecho, quería tener siempre llena la bolsa, sin que le preocupara aumentar la hacienda.

Mujer enérgica, Eufemia defendía la casa y las rentas, cuidando de sus propiedades y haciendo lo que podía por impedir que Eusebio diera al traste con todo. Tres años mayor que su hermano, con autoridad para reñirle y energía bastante para no asustarse de sus bravatas ni amenazas, ella tenía siempre cerrados los bolsillos a las incesantes peticiones de Eusebio.

Sin embargo, él sabía con su obstinación vencer en parte, ya que no totalmente, las resistencias de Eufemia.

Ceñudo y remolón, aquella mañana—la décima que Rosa había visto amanecer en casa de la viuda—Eusebio habló a su hermana de la urgencia de ciertos gastos que debía hacer.



Tenía un hermano, Eusebio de nombre, holgazán de profesión y mozo de cuidado.

—¡Pero si tienes todo lo que te hace falta! —exclamó Enfemia.

—Todo, no; hay algo de que siempre ando escaso.

—¿Dinero, verdad? ¿Más dinero todavía?



—¿Dinero, verdad? ¿Más dinero todavía?

—Mucho te llenas la boca para nombrarlo. ¡Cualquiera diría que te estoy saqueando!

—Poco menos.

Eusebio alzó la voz:

—¡Nada te pido que no sea mío!

—¿Cómo que no? ¿Tú crees que te queda algo de lo que heredaste? El juego y las deudas se lo han comido casi todo. Lo que

queda es tan poco, que ni para sustentarte llegaría.

Enemigo de cuentas que pasieran al descubierta su situación, Eusebio cambió de tono y repuso blandamente:

—No te enfades, mujer. Lo que te pido no es como para escandalizarse ni echar las campanas a vuelo.

—Tú dirás adonde vamos a parar a este paso.

Si no convencida, bien dispuesta a transigir, Enfemia sacó de una carterita un billete de cinco duros que su hermano aceptó desdenosamente.

—¡Rosa!

La muchacha, que trajinaba por la casa, acudió al oírse llamar.

Diga, señora.

La viuda había dejado la cartera encima de la mesa. Rápidamente, con gesto de ratero, Eusebio se apoderó de ella, la limpió de un billete y, sin atreverse a más, volvió a dejarla en su sitio.

Y lo hizo a tiempo, pues la viuda dándose cuenta de la clase de hombre que era su hermano para dejarlo tan cerca de los cuartos, volvió sobre sus pasos, recogió la cartera y entrególa a la huérfana.

—Lleva esto a mi cuarto.

—¿Manda algo más?

—Luego, en cuanto hajes, te lo diré.

Rosa fuése a hacer lo que se le mandaba

y Eusebio salió a la calle, no sin que antes oyera decir a la viuda:

—Es la última vez que te doy dinero. ¿Me has entendido?

Eusebio encogióse de hombros.

—¡Ya lo veremos! —masculló.

Holgazán, vicioso y todo, Eusebio no era rematadamente malo, aunque para serlo le faltaba poco; y en verdad que si algo de bueno quedaba en él, no se había manifestado aún.

Camino del pueblo donde estaba Rosa, marchaba entonces Juan, al hombro un hatillo con algunas ropas, firmó el paso y el ánimo alegre por la esperanza de que pronto vería de nuevo a la muchacha.

Cerca ya del caserío, vió venir en dirección contraria a la que él llevaba unos labriegos.

—Santos y buenos días. ¿Saben si hay trabajo en el pueblo?

Uno de los labriegos, que iba caballero en una mula, adelantóse a dar la respuesta:

—Sí que hay para quien no sea amigo de holgar.

—Curtido estoy por el trabajo —repuso Juan.

—Pues mire, en aquella casa grande necesitan un mozo de labranza. Es la mejor casa del lugar, y el que se dé buena maña en ella pueda hacerse el amo.

—No aspira a tanto; con menos ya me conformaría.

—Lo que sea Dios dirá. El ama es mujer guapa, viuda y demasiado joven para que ya se le hayan quitado las ganas de ciertas cosas... Y tú, mozo, no eres mal parecido.

Rieron los labriegos, y con buenos adioses despidiéronse de Juan.

Había en el pueblo, como en todos los pueblos, una taberna más concurrida que las otras, con aires de casino y habitaciones reservadas, *sagando-club*, donde se reunían todos los vagos y granujas del lugar.

Ningún marco mejor que aquel para la vida ociosa del hermano de Eufemia, que allí se pasaba las horas con la baraja en la mano.

A esta taberna llevó Eusebio los dineros que acababa de darle su hermana, y, como el hombre malo, jugó y perdió.

Maldiciendo de su suerte y de la tacañería de Eufemia, dejó el puesto a otro jugador y abandonó la taberna tomando rumbo hacia donde pudiera reponerse de fondos.

Pensó en el tío Ochavo.

—¡Mala pestel! —dijo.

El tío Ochavo era el usurero del pueblo y de sus contornos. Viejo, pero duro aun, el hombre se apañaba para aumentar sus caudales. Había aprendido a leer en los códigos para que nadie le engañara, y tanto sabía de leyes que el muy ladino se daba arte



El tío Ochoyo era el usurero del pueblo y de sus contornos.

prendiendo en sus habilidades a los que, ya por necesidad, ya por vicio, acudían a él solicitando préstamos.

No tenía familia, pues como tal no podía contarle un canario flauta que cuidaba mimosamente, aun cuando la codicia del usurero era tal que le escatimaba el alpiste al pájaro.

Solo, y sin sentir necesidad de compañía, el tío Ochoyo, prestamista, banquero y ladrón por todos costados, recibía con frecuencia la visita de Eusebio, y puede asegurarse que esta visita era de su agrado y que veía al mozo con gusto, agradecido, sin dudar, porque el hermano de Eufemia habíale ido dejando en las uñas su hacienda.

Bien le pareció, pues, verlo llegar aquel día con aires del que no está a bien consigo mismo.

—¿Qué hay, Eusebio? Vienes a echar un párrafo...

—Lo que vengo es a decirle que necesito un dinero.

—¡Nunca te falta el humor! Eres como no hay otro. Así debe ser la gente moza.

—No bromeo, tío Ochoyo.

El usurero adoptó una actitud convencional, sería la expresión y grave el ademán.

—¿De veras vienes a pedirme un dinero?

—¿Y qué se creía usted?

Después de pujarse del labio inferior con el índice y el pulgar, como si con esto qui-

siera atraer a los dientes una idea substancial, el viejo exclamó:

—¡Pero si tú tienes una mina con tu hermano!



—¿Qué me das si yo te proporciono un dinero... que no va a costarte nada?

Abrió mucho los ojos el mozo, asombrado de la afirmación de aquel guardaño.

—¿Una mina?

—Una mina y aun más.

Eusebio trató de penetrar el sentido de lo que le decía el tío Ochavo, pero no logró sacar nada en limpio.

—¿Qué me das si yo te proporciono

un dinero... que no va a costarte nada?

Sin vacilar, el mozo ofreció:

—¡La mitad!

El usurero comenzó a hacer cálculos.

—Ciento ochenta... Dos cientos... La mitad de dos cientos son cien... ¡Hum!... Bueno va.

Cada vez más perplejo, Eusebio oía y callaba, esperando que le revelasen el maravilloso procedimiento de obtener dinero gratuitamente.

—Yo tengo que darle a tu hermana una cantidad. Cuentas nuestras...

El tío Ochavo hizo una pausa y miró con sus ojillos zahoríes a su víctima.

—¿Y qué más?—preguntó al fin Eusebio.

—Pues nada, yo veré cómo lo guarda y tú puedes entrar una noche... ¿Qué te parece?

El muchacho se rebeló contra la proposición.

—¡Yo no robo!

—¡Si no se trata de robar!...

—¿Entonces de qué?

—De cogerle un dinero a tu hermana, que no es lo mismo... Más adelante, sin que ella se entere, puedes devolvérselo... ¡Caramba, la cosa es clara!

Eusebio quedó admirado y confundido por la dialéctica del usurero. Aquella distinción entre *coger* y *robar* se le antojaba profundamente ingeniosa.

—¡Lo que sabe este hombre!—pensaba,

El tío Ochoavo adivinó lo que pasaba en el espíritu del mozo y supo aprovecharse.

Es bien sencillo — dijo. — Aquel día te vienes al «Sotillos» conmigo... Todas sabrán que duermes allí. Yo el primero... Y así que sea de noche, te vuelves al pueblo, das el golpe y regresas al «Sotillos»... ¿Qué tal?

De nuevo el hermano de Eufemia quiso librarse de la tentación.

—Yo no hago eso.

—Pues es la única manera de que tengas dinero... Piénsalo y ya me dirás si te conviene.

Sin llegar a un acuerdo, Eusebio dejó al tío Ochoavo, aunque la verdad, cuanto más lo pensaba, mejor le parecía la combinación del usurero.

Eran cerca de las once de la mañana. Juan acababa de llegar a la casa de la viuda pidiendo trabajo.

Eufemia contempló al mozo con mirada severa y, complacida de su aspecto, dijo:

Tengo trabajo que darte. En buena ocasión llegas. Desde mañana puedes venir a trabajar.

De pronto oyóse un ruido de platos rotos. La viuda se volvió y miró a Rosa, cuyos ojos no se apartaban de los de Juan. La huérfana parecía temblorosa.

—Hasta mañana, pues — dijo Eufemia al mozo.

No bien salió Juan, a quien la presencia

de Rosa produjera una impresión igual a la que la joven había recibido, la viuda preguntó:

—¿Os conocéis?



—¿Os conocéis?

—Demasiado. Es de mi pueblo. Su padre fué el que mató al mío...

—Demasiado. Es de mi pueblo. Su padre fué el que mató al mío...

—¡Ya siento haberle tomado a mi servicio!

La viuda contemplaba a la muchacha, que seguía inmóvil, con la sorpresa aun de lo que acababa de suceder.

—Aunque casi me alegro, porque no quiero noviazgos en mi casa—añadió el ama—y entre vosotros no habrá ese cuidado, mediando lo que media.

Rosa, toda sacudida por un temblor de zozobra, decíase en tanto:

—¿A qué habrá venido? ¿Será cierto lo que me contó Pilaro?... ¡Ay Dios, no sé qué pensar!

Estaba tan turbada, que no oyó a su ama preguntarle:

—¿Y es trabajador y honrado ese mozo? Eufemia tuvo que repetir la pregunta. Y Rosa contestó precipitadamente:

—Eso sí; honrado y trabajador lo es a carta cabal. Y buen-hijo también lo es.

Pero temerosa de que a sus palabras se les diera un sentido distinto, repuso:

Bueno, digo lo que dicen en mi pueblo; porque entre él y yo nunca se cruzó una palabra.

La viuda no prestó atención a las últimas palabras de Rosa.

—Pues si es honrado y trabajador—dijo—en mi casa nunca le faltará pan que comer.



En el pueblo de Juan las vecinas seguían haciendo comentarios acerca de todo lo que ocurría. La marcha del mozo, dejando sola a su madre, no tenía desperdicio, y

alrededor de ello se hablaba un día sí y otro también.

Una mañana fué a tomar el sol con las vecinas la madre de Juan. La mujer estaba tan afligida, que buía de la soledad, buscando en la conversación un pasatiempo que distrajera sus penas.

—¡Ese hijo, ese hijo!—decía.—Quisiera yo saber por qué ha sido lo de irse del pueblo.

Una comadre, al oírla, apuntó:

—Aunque le parezca mentira, a mí me ha dicho Pilaro que Juan se ha ido detrás de la Rosa.

—Pues como eso fuera... iba a oírme la Rosa. Y mi hijo también. Que ninguno de ellos tiene sentido para no acordarse de lo que tentan que acordarse siempre.

—Los pocos años no dan mucha reflexión.

—No son tan pocos—replicó la madre,—que Juan ya cumplió los veinticinco y ella ha de andar por los veintiuno... ¡Qué pena de vida!

Del coro de comadres alzáronse, como bandada de grajos, las razones ásperas y los juicios con mala intención.

—No tienen cabeza ninguno de los dos.

—Aun la Rosa es peor que Juan.

—¡Cuando se piensa que una muerte los separa y que ellos ya no se acuerdan!...

Y todas las vecinas fueron arrojando en los oídos de la madre las duras palabras de su incomprensión.

Y esto sucedía a la hora de la solana, un día y otro día, sin que la madre de Juan hiciera otro comentario que este, siempre el mismo:

—¡Ese hijo, ese hijol!

Mientras tanto, en el pueblo inmediato, Eusebio, antes de decidirse a poner en práctica lo que el tío Ochavo le había propuesto, quiso ver si conseguía más dinero de su hermana.

Con este objeto procuró encontrarse a solas con ella, y en cuanto lo consiguió, sin andarse con rodeos, dijo:

—Necesito dinero.

—Hace dos días te dije que no volvieras a pedirme, porque no te lo daría.

—¡Mira, Eufemia, que estoy resuelto a todo! Y si no me lo das... ¡lo robaré!

La viuda, con profunda indignación apartóse de su hermano.

—¡Eres un canalla! Primero me dejaste matar o te mató que darte más dinero... Yo también estoy dispuesta a todo!

Eusebio se adelantó hacia ella amenazadoramente.

—¿Qué, no me lo das?

—¡No!

—¡Mira que soy capaz de todo!

—¡Y yo también!—repitió ella.

La actitud del hombre amedrentó a Eufemia, que abrió la puerta de la calle.

Precisamente el tío Ochavo venía a ver

a la viuda, y observando a los dos hermanos, el, enemigo de toda violencia, miró a Eusebio como diciéndole:

—¡Qué ganas de alborotar! ¡Cuánto mejor no se están las cosas calladito!

El mozo bajó la cabeza abochornado.

—¿Ha habido riña?—preguntó el usurero sin darse por enterado más de lo que le convenía.—Eso no está bien. Entre hermanos... No hay que decir que toda la culpa es de él...

Eusebio volvió las espaldas y se marchó.

—No te allijas, Eufemia—añadió el tío Ochavo.—Mira, yo tengo que irme al «Sotillo» y me llevaré conmigo a tu hermano. Así te dejará tranquila.

—Buena falta me hace. Ese galopín se ha crecido tanto, que no hay quien lo resista.

—Vamos, no será para tanto... Eusebio no es malo...

Es peor—interrumpió la viuda.

—Yo le conozco mejor que tú—prosiguió el prestamista.—Lo que pasa es que no le gusta el trabajo y que tiene una miadilla de vicio metida en el cuerpo.

El tío Ochavo sonreía al hablar, soltando las palabras calmadamente, midiéndolas, juzgando con mirada torcida el efecto que surtían y pensando en sus planes.

Ya te figurarás a lo que venga—dijo de pronto dando un gran suspiro.—Te traigo tus dineros...

Con mano rapaz entregó a la viuda hasta

seis mil reales, y aunque no eran suyos, dolíale en el alma devolverlos, pues no comprendía que lo que una vez había pasado por sus manos pudiera, luego, pasar a poder de otros.

—Cuéntalos, hija; son seis mil...

De la casa salió Rosa. El usurero le fijó los ojos, extrañado de no conocer a la muchacha.

—Veo que tienes criada nueva y' que no es del pueblo. ¡Ten mucho cuidado y mira bien dónde guardas los cuartos!

—¿De quien tengo yo que guardarme es de mi hermano!—repuso la viuda.—No tendré más remedio que volverme a casar, para que haya un hombre en esta casa que me defienda.

—¿Que me dices?

—Lo que oyes... Claro que no es casa de un día...

—Pícasalo bien, Eufemia. Es negocio ese en el que si se atina, todo va bien, pero si no se atina, ¡Dios nos asista!...

—Descuida, tío Ocho; no me he de ir con cualquiera... Y ahora voy allá dentro a guardar los cuartos.

Al prestamista le interesaba saber en dónde guardaban sus amigos el dinero para que no se lo robasen... otros. Y, a través de una ventana baja que daba a la calle, miró cómo Eufemia escondía los seis mil

reales en una cómoda, echando la llave al cajón.

Volvió a salir la viuda en el instante en que Juan llegaba del trabajo, y el tío Ocho, que tenía mucha gramática y hasta



...y el tío Ocho comprendió que a Eufemia no le parecía el mozo costal de paja.

mucha psicología parda, comprendió que a Eufemia no le parecía el mozo costal de paja.

—A ver si no anda lejos el que se lleve el gato al agua...—dijo con sorna.

Despidióse el viejo de la viuda y fuése hacia su casa echando cuentas sobre lo que

podía esperarse de Eusebio en la combinación que le había propuesto.

—Ni para él ni para mí sería malo el negocio—pensaba. Yo le diré a Eusebio dónde están los seis mil reales, y en cuanto se haga con ellos, tres mil serán para mí... No está mal, no. Bueno se presenta el año.

La perspicacia del tío Ochovo habíale permitido adivinar cuál era la naturaleza de los sentimientos de la viuda respecto de su mozo de labranza.

Muchas veces, después de su viudez, se le ocurriera a Eufemia la idea de volverse a casar. Como una necesidad física y moral imponíasele este deseo. Ella era joven y fuerte, y además, se encontraba sola para luchar con su hermano.

Así fué como fijándose en Juan, tan bien plantado, tan cabal y trabajador, y por añadidura sin vicios, concluyó por decirse que aquel era el hombre que le convenía.

Durante algún tiempo lo observó detenidamente, y el resultado de sus observaciones la animó más y más a darse el gusto de hacerlo su marido.

De vuelta del trabajo, con la chaqueta al hombro, un poco sudoroso, Juan tomaba asiento a una mesa que había al lado de la puerta de la casa.

Eufemia creyó llegado el momento de iniciar su conquista y aproximóse a él llevando una jarra de vino.

—¿No quieres refrescar?

—Como mande mi ama.

Ella le sirvió, sentóse en seguida cerca de él y le preguntó:

—¿Has dejado alguna novia en tu pueblo?



¿Has dejado alguna novia en tu pueblo?

—Sólo a mi madre he dejado allá.

—Pues aquí no creo que te guste ninguna moza; valen bien poco... Y la forastera... Ya sé que en la Rosa no has de pensar, ni ella en ti tampoco...

Juan guardó silencio. No quería descubrir lo que sentía. ¿Qué le importaba al ama que él sólo pensara en Rosa? Y acaso, acaso,

a saberlo, esto no le sirviera de ventaja alguna para conservar su puesto en la casa.

Viéndolo pensativo, Eufemia se afirmó en sus propósitos. Le gustaba el mozo y deseaba que a él le sucediera lo mismo con ella.

—¡Qué serio es!—decíase.

Y se callaba lo demás.

—¿Y esa cicatriz?—dijo poniendo su mano blanca y gordezuela en la frente de Juan.

—Es de una pedrada que me tiró la Rosa siendo yo muy chico y ella más chica todavía... Cuando ocurrió lo que ocurrió entre nuestros padres.

Como si sólo fuera por curiosidad, la viuda acarició la huella de la herida, rozándola suavemente con sus dedos y mirando a Juan con un entusiasmo que a nadie más que al mozo, lleno del recuerdo de Rosa, hubiera pasado inadvertido.

—¿No has tenido novia?

—Nunca... Ni he pensado en ellas...

—Pues si tú quisieras, no te habrían de faltar...

Si él se daba o no cuenta de las insinuaciones de la viuda, sólo él lo sabía. Muy serio, el mozo contestaba a las preguntas sin cuidarse de otra cosa. Y eso que ella era mujer que lo valía, tan fresca y hermosa que daba gozo verla, y oírla, y sentir la caricia de sus miradas.

De esta manera se iban disponiendo los sucesos en casa de Eufemia, mientras en la suya el tío Ocho y Eusebio se ponían de acuerdo para apoderarse del dinero de la viuda.



—Entonces, convenidos, ¿no es así?

La esperanza de que el negocio fuera adelante, hacía que el usurero, para decidir al mozo, le diera de beber más de la cuenta, llenándole el vaso con vino de la propia cosecha y sin mezcla de agua.

Naturalmente, esto era un extraordinario, un gasto excesivo, un verdadero dolor para

el alma codiciosa del tío Ochovo; mas pensando que el que algo quiere algo le cuesta, el usurero permitíase el lujo de dar de beber a Eusebio, y aun hacia la locura de derramar el vino de su vaso a escondidas, pues como hombre que se administraba bien, si le interesaba que el otro se marease, también le interesaba mantenerse él sereno, dueño de su razón y de su palabra.

—Entonces, convenidos, ¿no es eso?

Eusebio, tartajoso, soñoliento, vacilante, con los síntomas de la borrachera, tartamudeó:

—Que no se diga... ¡Hecho!... Los cuartos de Eufemia... nos los repartiremos... ¡Pintan oros!... El que no quiere una taza, tiene que tomar taza y media... ¡Qué hermanita me ha dado Dios!...

—Si te parece, nos iremos al «Sotillo».

—¿Al «Sotillo»?... Lo dicho... No hay más que hablar... Yo le quiero a usted, tío Ochovo... aunque usted es un... Otro día se lo diré...

Y al anocheecer de aquel mismo día, el usurero llevóse al «Sotillo» al hermano de Eufemia.

III

La madre de Juan no tenía sosiego desde que su hijo la había dejado para seguir a Rosa. Ni concebía ni disculpaba su conducta. Pero se trataba de su hijo, que nunca le diera un disgusto y que a todos merecía elogios por su hombría de bien, y echacaba el dña de la ausencia a embellecos de la huérfana.

No todas las vecinas le daban la razón en lo que pensaba, mas había algunas que eran de su parecer, y todas coincidían en que era algo nunca visto el que el hijo del matador de Martín y la hija de éste llegaran a quererse.

Por lejano que estuviera el sangriento hecho, Juan y Rosa le daban actualidad con su marcha al mismo pueblo; y las comadres renovaban los recuerdos, volviendo a comentar lo que un día, muchos años atrás, fuera pasmo del pueblecito.

Con estas y otras cosas, la vinda de Pedro,

el cazador furtivo, sentía angustiada el alma. Sola en su casita, mano sobre mano, su pensamiento estaba siempre fijo en la misma idea: la de que su hijo pudiera casarse con Rosa.

Este temor acabó por fatigarla de tal modo, robándole el sueño y la tranquilidad, que determinó intervenir, poniendo remedio al mal antes de que fuese irreparable.

Para ello no se le ocurrió otro medio que ir al pueblo vecino y hablar con Eufemia, la viuda en cuya casa servían los dos muchachos.

Una mañana, con el sol en todo lo alto, la mujer se puso en camino. Ni los años ni los disgustos habían agolado su fortaleza de campesina, y anduvo las dos leguas con buen aliento sin detenerse. Llegando, a casa de la viuda en las primeras horas de la tarde.

Juntas estaban entonces el ama y la criada. La presencia de la madre de Juan inquietó a Rosa, y sus ojos se desencajaron al oírle decir:

—Usted disimule, señora. Pero es que mi hijo me ha dejado por seguir a esta descastada...

Eufemia miró a la muchacha con dureza. Si era verdad lo que decía la madre de Juan, todos sus proyectos matrimoniales veníanse al suelo.

—Ella es la que me lo soliviantó—ana-

dió la madre, en el instante en que entraba su hijo. —Y aunque no mirara más que la ruina que nos trajo su padre...

Sin palabras para defenderse, cohibida y triste, con lágrimas en los ojos y en la voz, Rosa trató de hablar algo. Alzó los ojos hacia su ama y la expresión agresiva de Eufemia la hizo enmudecer.

—Mañana dejarás esta casa—dijo la viuda.

Entonces Juan intervino en ayuda de la muchacha.

—Rosa no tiene por qué irse. ¡Me iré yo!

La huérfana apenas si se atrevió a mirar al joven para expresarle su gratitud; pero todos los sentimientos que vivían latentes en su alma se despertaron ante la actitud de Juan y comprendió que ella también lo amaba.

No queriendo creer lo que había oído, Eufemia volvióse hacia su mozo de labranza.

—¿Es verdad lo que dice tu madre?—le preguntó.

—Verdad será cuando ella lo dice.

En el transcurso de unos segundos callaron las palabras para dar lugar a que los pensamientos se orientasen, adquiriendo conciencia de la nueva situación.

Dueña de sí misma, aunque lastimada y despechada por lo que acababa de saber, la viuda habló:

—Ni Rosa ni tú os iréis de mi casa... Me servís bien y yo no tengo por qué ocuparme

de lo que haya pasado entre vuestros padres. Esto fué todo lo que pasó. La madre volviése al pueblo desconsolada, y Juan, sin que nadie lo viera, entregó a Rosa una carta.



— ¡Es verdad lo que me dice tu madre!

La muchacha subió a su cuarto con una inquietud que no se calmó hasta leer la carta, que decía así:

«Necesito hablar contigo esta misma noche. A las doce estaré bajo tu ventana.»

Una sana alegría dilató el pecho de la joven. Quiso sonreír, y una lágrima nació en sus ojos. Súbitamente llevóse la carta

a los labios y la besó con toda su alma. Ya no tenía por qué ocultar su secreto, que era el de Juan. Hasta entonces, Rosa no se había atrevido a confesarse a sí misma que amaba al mozo. Pero ahora sí, ahora sentía deseos de gritarlo, de revelar toda la fuerza de su cariño, de descubrir la verdad grabada en su corazón desde hacía mucho tiempo.

En su triste orfandad durante los años vividos en su pueblo, había tratado de resistirse a aquel amor que la llevaba hacia Juan, sintiendo que la tristeza y el silencio del hombre estimulaban, por el contrario, su cariño. Educada en el odio contra el hijo del que matara a su padre, no había podido odiarlo, sin embargo, como si la sangre que, siendo niña, produjo a Juan con una pedrada, hubiera sido el rescate de la del guarda del conde de Maldonado.

Pasaron las horas de aquel día sin que ningún nuevo suceso viniera a interrumpir su perezosa marcha.

El tío Ochoa, que se había trasladado al «Sotillo» con Eusebio para amañar mejor el negocio convenido con el hermano de Eufemia, hizo tertulia en su casa en las primeras horas de la noche. Dentro de sus planes estaba el que nadie pudiera dudar de él ni de Eusebio.

En la tertulia se habló del tiempo, que no podía ser peor; de las cosechas, de los vecinos y de todo, menos de lo que re-

mente importaba al usurero. Esto quedó para lo último, cuando los tertuliantes se marcharon, dadas ya las nueve de la noche.

Llovía torrencialmente. Un viento violento sacudía las cortinas de agua, y por los campos aullaba la tormenta como si todos los diablos anduvieran sueltos por la tierra.

—¿No te vienes, Eusebio?—preguntó uno de los contertulios.

El tío Ochavo se adelantó a contestar:

—Este ha venido a pasar conmigo unos días en el «Sotillo» y se quedará a dormir aquí.

—Entonces, a la paz de Dios.

—¿Que El os guíe!

Los amigos del usurero desaparecieron bajo la lluvia, que los azotaba despiadadamente. Poco a poco las linternas de los que se iban fueron apagando en la distancia. De cuando en cuando un resplandor lejano rasgaba la obscuridad, iluminando los hilos de lluvia que vetaban el negro mármol de las sombras.... El tío Ochavo cerró la puerta de la casa, entrándose en ella con Eusebio.

Los dos sentáronse cerca de la campana de la cocina, en la que ardía un buen fuego.

—Ahora... vamos a lo nuestro—dijo de pronto el prestamista.

—¿No podíamos dejarlo para otro día?—preguntó Eusebio.

—Ni pensarlo... ¡Si hasta diríase que el Señor nos protege! La noche está que ni de encargo, como boca de lobo.

El hermano de Eufemia parecía indeciso.

—¿Es que vas a arrepentirte ahora?—dijo el tío Ochavo con rabia mal contenida.

—Ya no tienes más remedio que hacer lo convenido... Te he adelantado dinero y necesito cobrarlo.

Sin contestar, Eusebio se levantó.

—No has de salir por la puerta—observó el usurero.—Hay que andarse con cautela. Te irás por el balcón.

—¿Está listo el caballo?

—Yo mismo lo aparejé.

Los dos hombres subieron al piso de arriba. Al abrir el balcón, una ráfaga de viento arrebató el sombrero al mozo.

—Vamos; no hay que perder tiempo—dijo el prestamista.

Gateando por una columna de piedra que sostenía el balcón, Eusebio salió de la casa y montó a caballo.

—¿Estás pronto?

—Sí, tío Ochavo.

—Pues vete, y sobre todo, cuida de que nadie te vea.

Bajando la cabeza, para afrontar los embates de la lluvia, Eusebio espoleó la bestia. El usurero lo vió partir, y cuando ya no se oían las pisadas del caballo, cerró el balcón diciendo:

--La mitad de seis mil son tres mil.
¡Bueno se presenta el año!

A todo el galope de su caballo, Eusebio dirigíase al pueblecito para robar a su hermano.

Era en la hora de la cena de la viuda, a quien servía Rosa.

Un odio profundo hacia la muchacha, desde que sabía que Juan se hallaba enamorado de ella, desbarataba la serenidad de Eufemia. Su exasperación por la quiebra de sus propósitos, creció viendo la humildad de Rosa, cuya dulce belleza contrastaba con su hermosura pomposa y arrogante.

¿Si pudiera hacerla desmerecer a los ojos de Juan!, pensó.

Apenas si probó la comida; sentíase desganada.

--Recoge todo esto pronto--ordenó.--No me encuentro bien y quiero acostarme en seguida.

Lo que deseaba era recluirse en su habitación para meditar sobre el modo de conquistarse la voluntad de su mozo de labranza, ideando un ardid que diera al traste con el amor que sentía por la joven.

Levantados los manteles, el ama y la criada se acostaron. Las dos tenían prisa por encontrarse solas: la huérfana para esperar la hora de su cita con Juan y la viuda para pensar en la treta de que debía valerse a fin de robarla a su criada el amor del mozo.

Poco antes de media noche, Eusebio llegó al pueblo y entró sigilosamente en casa de su hermano para llevar a cabo el plan del tío Ochavo.

Este habíale dicho que el dinero estaba guardado en la cómoda. Cautelosamente dirigióse al escondrijo. Volvióse de pronto y vió aparecer a Eufemia, que también se disponía a realizar lo que había pensado.

Temiendo ser sorprendido, Eusebio se deslizó hacia las escaleras que conducían al cuarto de la muchacha, su única salida, pues la viuda acababa de interponerse entre él y la puerta de la calle.

Eufemia llegó hasta la cómoda, abrió el cajón del dinero y cogió los seis mil reales que días antes le devolviera el tío Ochavo. Luego, sin hacer ruido, siguió los pasos de su hermano, al que no le quedaba otro recurso para salvarse que entrar en el cuarto de Rosa.

La muchacha despertó sobresaltada y se levantó.

--¡Sálvame, Rosa! Si mi hermana me ve, estoy perdido. ¡Por lo que más quieras, sálvame!

Eusebio le rogaba en voz baja, todo estremecido de miedo.

Por la escalera subía Eufemia lentamente, apoyando con cuidado los pies en cada peldaño, deteniéndose al menor rumor...

--Ya viene... ¡Escóndeme pronto!

—¿Y dónde?

—Donde sea.

La muchacha miró en torno.

—Allí, detrás de aquellas ropas—dijo señalando las que colgaban de una percha,



— ¡Salvame, Rosa! Si mi hermano me ve, estoy perdido...

formando una cortina bastante gruesa y ancha para ocultar a un hombre.

Instantes después, escondido Eusebio y Rosa acostada y fingiendo que dormía, entró la viuda.

Eran entonces las doce de la noche, la hora de la cita.

Envuelto en un capote de monte, Juan acababa de detenerse bajo la ventana de la huérfana. Seguía lloviendo.

La viuda se aproximó con ligereza al lecho de Rosa. Inclínose para ver si dormía. Segura por esta parte, pues la muchacha simulaba estar bajo la acción del sueño. Eufemia sacó de un bolsillo el dinero.

Desde su escondite, Eusebio observaba a su hermana, escrutando las sombras, por entre las que reptaban los pequeños rayos de una vela que ella llevaba en la mano.

Un instante, la viuda pareció vacilar. Todo era silencio a su alrededor. Oíase la respiración sosegada de Rosa y el jadear inquieto de Eufemia.

Al fin ésta se decidió a poner en práctica su intención y, hábilmente, levantando un poco la almohada, abandonó allí los seis mil reales.

Laego, con la misma cautela que había entrado, volvió a salir.

Llena de zozobra, Rosa permaneció queda un buen rato. Eusebio tampoco se atrevía a moverse.

Cuando supuso que su ama ya debía encontrarse de regreso en su habitación, la muchacha se levantó y buscó debajo de la almohada.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué habré hecho esto tu hermana?—preguntó a Eufemia mostrándole los billetes.

El mozo titubeó antes de contestar. El

había venido, precisamente, para apoderarse de aquel dinero, y la suerte hacía que, perdida ya la esperanza de hacerse con él, fuera su misma hermana la que se lo viera a poner delante. Súbitamente una nueva idea cruzó su pensamiento, y en lugar de apoderarse de los seis mil reales, contestó a Rosa:

—Sin duda, Eufemia lo ha traído aquí por miedo de que se lo roben... Vuelve a dejarlo en el mismo sitio, que ella volverá a buscarlo.

Toda temblorosa, la muchacha hizo lo que le decían.

—¿Qué miedo he pasado! —exclamó.
También yo pasé lo mío.

Turbada por aquel incidente, sin acordarse de la cita, Rosa dijo de pronto:

—Vete en seguida, Eusebio... ¡Y por Dios, que nadie te vea!

—No tengo más camino que la ventana.
—Pues sal por ella.

Y Juan, que estaba esperando a que Rosa se asomara, vió cómo de la ventana se descolgaba un hombre.

—¡Alto ahí! —gritó abalanzándose hacia él.
Lo oprimió entre sus brazos y lanzó una exclamación de asombro:

—¡Eusebio!
—No me descubras —le pidió el mozo.

Enloquecido, presumiendo que algo horrible acababa de suceder, Juan preguntó ahogadamente:

—¿Qué has venido a hacer aquí?

La víctima del tío Ochavo, en su confusión, dijo lo primero que se le ocurrió:

—Es que la Rosa y yo nos entendemos... Pero que nadie lo sepa...

Aquella revelación inesperada hirió tan en lo hondo a Juan, que su propio dolor no le dejó hablar. Nada dijo. No hizo ningún reproche. Sentíase sacudido por un frío de muerte y que su cabeza se desvanecía. Y en silencio, los dos hombres se separaron, con el alma angustiada Juan y alegre por su buena suerte, Eusebio.

Por caminos opuestos, los dos marcharon bajo la lluvia.

Y toda la noche parecía estremecida por los sordos alaridos que pugnaban queriendo salir de los labios del mozo de labranza, cuyo pecho acababa de ser traspasado por la lanza del más horrendo de los dolores.

Pasó la noche. Cesó la lluvia. El pueblecito comenzó a despertarse, cuando las últimas nubes de la tormenta rebasaban la línea del horizonte... Amanecía.

Antes de marcharse al campo, como de costumbre, Rosa esperó impaciente que se levantara Eufemia para que le explicase lo ocurrido la noche anterior.

Aunque turbada, la huérfana estaba segura de que nada malo podía suceder. En su cuarto, en el mismo sitio donde lo pusiera su ama, seguía el dinero.

Pero ella tenía una pena, porque al asomarse a la ventana, después de haberse marchado Eusebio, no encontró a Juan. Pensó que la lluvia habría sido la causa de que él no acudiera a la cita, y esto la apenó, pues en su cariño, la pobrecilla suponía que no hay fuerza ni obstáculo capaz de impedir que se reúnan dos seres que por primera vez van a decirse que se quieren, después de haberse amado en silencio durante muchos años.

Ya entrada la mañana, dirigíase los labriegos al trabajo, cuando se oyeron las voces de Eufemia demandando auxilio.

Hombres y mujeres, pronto acudieron a los gritos de la viuda, quien, abiertas de par en par las puertas de su casa, clamaba pidiendo socorro de manera descompuesta, los brazos en alto, como impetrando un castigo del cielo.

Las gentes entraron en la casa atropelladamente.

—¡Me han robado!—gimió la viuda.

—¿Cómo ha sido?—indagó un curioso.

Eufemia mostró la cómoda con los cajones abiertos y explicó:

—¡Miren la obra de los ladrones! Todas las ropas están en desorden, y de entre ellas se han llevado un dinero que yo guardaba.

—¡Qué desgracia!—comentó una vieja.
Y otra añadió:

—Acabóse la paz de este pueblo, donde nunca hubo ladrones.

—¿Y fué mucho lo que robaron?—preguntó un labriego.

—¡Seis mil reales!



Hombres y mujeres pronto acudieron a los gritos de la viuda.

—¡Dios santo! ¡seis mil reales!.. ¡Un caudal!

—¡Hay que avisar a los Civiles!—propuso un arbitrista.

Con muestras de gran pesar, Eufemia retorciase las manos, poniendo toda su astucia de mujer en aquella farsa.

Rosa, que estaba apacentando las ovejas de su ama en un campo próximo, pues la obligación pudo en ella más que la curiosidad de saber los motivos por los que la viuda había escondido el dinero debajo de la almohada de su cama, vio venir hacia ella un mozo que le hacía señas, llamándola.

Corrió a su encuentro y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Al venir para acá he oído a tu ama que pedía socorro y que todos los vecinos corrían hacia su casa.

La muchacha dejó el ganado encaminándose al pueblo.

Los guardias habían sido avisados, y una pareja oía la declaración de Eufemia.

—¿Usted no desconfía de alguno de los de la casa? —le preguntaron.

—Sólo de una criada que duerme en el sobrado, pues mi hermano está en el campo.

—¿Hace mucho tiempo que la tiene a su servicio?

—Va para un mes... Es de un pueblo de ahí al lado.

El rumor del suceso había alborotado a toda la vecindad, trascendiendo al campo, donde se encontraba Juan.

Un muchacho que le acompañaba le llamó la atención de que algo debía ocurrir en el pueblo.

—Quédate tú aquí —le dijo Juan.—Yo voy a ver lo que sucede.

Rosa llegó entonces a casa de la viuda y fué sorprendida por la noticia del robo.

—Ahora están los guardias registrando tu cuarto —le dijeron.

La muchacha subió desolada a su habitación, donde los Civiles descubrieron en aquel instante dónde se hallaba el dinero.

—¿Eres tú la que los has robado?

—Sí, ella es —aseguró Eufemia.

Con mucho espanto la muchacha oyó la pregunta y la respuesta. No se explicaba lo que aquello podía significar. Miró a su ama, y viendo que ella confirmaba su afirmación tachándola de ladrona, arrancó de su garganta un grito de dolor, y dijo, dirigiéndose a la viuda:

Demasiado sabe usted que ese dinero lo dejé aquí ayer noche. Y yo creía que era para guardarlo por miedo a que se lo robaran. ¿Cómo es que dice que yo se lo cogí?

Eufemia aseguró brutalemente:

—¿Quién iba a ser si no? Tú eres la que me lo robaste.

La muchacha llevóse las manos al corazón.

—¿Pero no estuvo usted la otra noche en mi cuarto y no fué usted misma la que puso los cuartos debajo de mi almohada?

Volviéndose hacia los guardias, la viuda protestó:

—¡Todo eso que dices es mentira!

Luego, fijando los ojos en la azorada criada, la insultó:

—¡Ladrona!

Rosa temió caer al suelo, sin voz para defenderse de aquella acusación.

—¡Eso es una infamia!—gimió. Usted sabe que soy inocente y puedo probarlo.

—¿Por qué no lo pruebas entonces?—preguntó un guardia.

La jovencita se acordó de la promesa hecha a Eusebio, dióse cuenta de que la verdad traería aparejada su deshonra al descubrir que el hermano de su ama había estado en su cuarto, tuvo miedo de que Eusebio hiciera causa común con la viuda agravando su desgracia, y no pudo más que murmurar:

—Usted sabe, mi ama, que soy inocente...

Pero Eufemia, sorda a la súplica de la muchacha, gritó de nuevo:

—¡Ladrona!

Con los ojos llenos de lágrimas, Rosa la miró.

—Soy una huérfana—dijo.—No tengo quien me vala... ¿No se duele usted de mí?

Y otra vez, la viuda dió forma a su odio, insultándola:

—¡Ladrona!

La muchacha se calló. Ya no tenía palabras para rogar. No comprendía por qué su ama la hacía víctima de aquella canallada.

—Llévensela pronto. ¡Que pague en la cárcel su culpa!—dijo Eufemia.

—¿Pero, me van a llevar presa?

Había tal odio en los ojos de la viuda, que la muchacha no se atrevió a insistir en su inocencia, y sus manos blancas, sus débiles manos de niña, se tendieron para que los guardias las ciñeran con los hierros de las esposas.

Abajo, la gente esperaba. Juan se hallaba entre los curiosos.

Por el corredor que conducía al sobrado, apareció Rosa, baja la cabeza, los labios sin color y las mejillas pálidas surcadas por lágrimas ardientes. Caidas sobre el delante, veíanse sus pobres manos cautivas de las esposas infamantes, como dos palomas prisioneras de unas garras monstruosas. Vacilaba al andar... Tras ella marchaban los Civiles y, en último término, veda Eufemia.

Se hizo un silencio penoso entre los vecinos al ver a la muchacha, acompañada de los guardias.

Juan sintió cómo se le oprimía el corazón ante aquella niña a la que tanto había amado. Pero el recuerdo de lo que Eusebio le dijera la noche última, echó sobre sus sentimientos una losa de hielo. Había tenido un primer impulso: el de libertarla, al verla así conducida hacia la ignominia; mas este impulso desapareció bajo una ola de rencor y desprecio.

Delante del mozo de labranza, la muchacha se detuvo y prorrumpió en un grito del alma:

¡Piedad! ¡Soy inocente, Juan! ¡Soy inocente!

Acallando la voz de su corazón, que le mandaba socorrer a la joven, sordamente, el hombre repuso:

No, Rosa; ¡yo de tí lo creo todo!... ¡Llama a tu Eusebio y que él te ampare!

La muchacha, que alzaba hacia él sus manos cautivas, en las que el dogal de hierro trazaba una línea sangrante, las dejó caer, sin fuerzas para seguir rogando al que acababa de hundir sus esperanzas.

—¡Tú también!...— dijo.

Y, comprendiendo todo lo que Juan creía de ella, no añadió más. ¡Quisiera decirle tanto!

Avanzó un paso, luego otro...

Y, seguida de los guardias, Rosa salió de la casa, camino de la cárcel.

A pesar de todo, Juan aun no podía creer que Rosa fuera ladrona. Lo de Eusebio no cabía dádalo, ya que él mismo le había visto saltar por la ventana y oyera de sus labios la noticia de sus amores con la muchacha. Pero lo otro, aquel estigma de infancia que desde aquella fecha señalaría a la huérfana, hacíasele increíble.

De niña y de moza, él había seguido sus pasos, uno a uno. Y su timidez, sus maneras modosas y su aire de doncella limpia de cuerpo y de alma, fueron las razones que le movieron a quererla, mal de su grado, luchando contra el recuerdo de lo que había sucedido entre sus padres.

¡Con qué fe no se puso Juan a amarla!

En la vida monótona del pueblo, a lo largo de los días iguales, lo mismo en las

horas de trabajo que en las de asueta. Juan pensó siempre en ella, consagrándole todas sus ilusiones de joven.

Al marcharse Rosa de casa de sus tios, él, por seguirla, había dejado sola a su viejecita. Y cuando el día anterior su madre se presentó a la viuda para interponer entre Rosa y él el cadáver de Martín y el recuerdo del presidio donde murió Pedro, el hijo se licó en defensa de la muchacha, impidiendo que Eufemia la despidiese.

¿Y todo para qué?

A la misma hora en que él esperaba a que la joven se asomara a la ventana para ofrecerle su cariño y decirle que estaba dispuesto a hacerla su mujer, ella estaba con su amante.

Una punzada dolorosa lastimó el corazón de Juan.

¿Para qué le habían servido su amor y su fe en Rosa? ¿De qué le valiera su constancia?

¿Para qué todo esto? ¿Para qué?

Para oírle decir a Eusebio:

—La Rosa y yo nos entendemos.

Y para ver cómo ella marchaba, entre los Civiles, camino de la cárcel, acompañada del desprecio de los vecinos y perseguida por los gritos iracundos de la viuda:

—¡Ladronal! ¡Ladronal!

El no sabía que todo había sido una mala-ventura del destino y una añagaza de Eufemia.

Por apartarle de la muchacha y lograr su

cariño, por amor a él, la viuda hizo lo que hizo.

El deseo de convertir en marido suyo al mozo de labranza, pudiera más que ninguna otra consideración en el ánimo de aquella mujer que, sin ser mala, daba pruebas de tener el alma negra.

Sin embargo, después de perder a la muchacha, Eufemia no se hallaba tranquila. Queriendo parecer satisfecha, estaba recelosa. Temía algo; no sabía qué...

El mismo día de la detención de Rosa, Eusebio volvió a casa de su hermana, seguro de que ninguna ocasión mejor que aquella para conseguir de la viuda que alojara la bolsa. Enterado de lo que había ocurrido, no era el hombre que desperdiciase una tan buena oportunidad para exprimir en su favor los ahorros de su hermana, aunque sin adivinar las causas que impulsaran a Eufemia a obrar como lo hizo.

Ella le acogió sin desconfianza, pero previendo a lo que venía, quiso parar el golpe, diciéndole:

—Ya sabrás que la Rosa me ha robado un dinero...

—¿Estás segura?—preguntó Eusebio.

La viuda no se sorprendió de la pregunta, por extraña que le pareciera.

—Y tanto que lo estoy... ¡Tan mansita como parecía! Nunca sabe una a quien mete dentro de su casa...

—Mucha verdad dices, hermana... ¿Y cuánto te ha robado?

—¡Seis mil reales!

Eusebio se echó a reír bruscamente. Un poco desconcertada, ella le preguntó:

—¿Lo tomas a broma?

—Pues cómo quieres que lo tome! ¡Vamos! Bien sabes tú que la Rosa es inocente. Yo estaba escondido en su cuarto cuando dejaste allí el dinero...

—¿Es que tienes amores con ella?—dijo con súbita sorpresa Eufemia.—Porque entonces...

Se calló; pero lo que le había dicho su hermano le parecía tan bien, que se sentía dispuesta a todo, aun a confesar la verdad del engaño. Esto resolvía muchas cosas. Siendo ciertos los amores de Eusebio, nada mejor para que Juan no volviera a pensar en la huérfana.

—No tengo amores con ella—contestó él.

—¿No dices que estabas en su cuarto?

—Y te lo repito, si lo crees necesario.

—Pues no lo entiendo.

—Lo entiendo yo y basta...

Eufemia observó a su hermano, que se reía, turbándola y llenándola de inquietud.

—¿Quieres explicarme?...

—A eso vengo—la interrumpió él.—¿Te acuerdas de lo que te dije el día que me marché con el tío Ochavo?

Ella hizo memoria.

—¿Te acuerdas que te amenaré con robarte si no me dabas dinero?

—¿Y qué tiene que ver lo que entonces pasó entre nosotros con lo de ahora?

—Voy a decírtelo... Yo sabía donde guardabas los seis mil reales. Quise robarteles. Entré en la casa de noche. Y al acercarme a la cómoda, te ví venir... Para que no me sorprendieras, entré en el cuarto de Rosa y la pedí que me ocultara: la pobre me hizo caso... y de esta manera fué como lo supe todo.

No pudiendo ya negar, Eufemia asintió.

—Es cierto, y puesto que lo sabes todo, sólo te pido que no me descubras... Si necesitas dinero...

—Claro que lo necesito. ¿Tú crees que iba a contarte estas cosas si no fuera por la ganancia?... Nada me importa lo que has hecho. ¡Allá tú! Ahora que, ya que soy dueño del secreto, quiero hacérmelo pagar.

—¿Cuánto necesitas?

—Dame mil reales por lo pronto.

Sin dudarlo, Eufemia entregó a su hermano la cantidad que le pedía. Por bien empleada la daba si ella conseguía casarse con Juan.

Pero Juan, que ya no quería querer a Rosa y que aun no podía querer a Eufemia, decidió volverse al pueblo.

Nada le retenía en casa de la viuda; antes al contrario, todo en ella le fastidiaba.

haciéndole presente la triste caída de sus esperanzas.

La misma voluntad con que le obsequiaba su ama, sus insinuaciones amorosas, su afán por atraerlo a un cortejo que le recordaba más aun el fracaso de sus amores, aumentaban su amargura y su deseo de desterrarse de aquel lugar en donde tan mal paradas habían quedado sus ilusiones.

Concluyó por exponerle sus propósitos a Eufemia.

—Me voy al lado de mi madre. Su cariño es el único que no sabe engañar.

La mujer entornó los ojos para mirarlo y descubrirle con su mirada la que desde algún tiempo atrás sentía por él.

—¿Te vas de mi casa, Juan?

—Eso tengo pensado.

Eufemia se le acercó para regalarlo con el roce de su cuerpo opulento.

—Yo sé de algún cariño que no te engañaría nunca.

Entonó estas palabras dulcemente, con voluptuosidad. Sin embargo, Juan no se dió por aludido, manteniéndose encerrado en una fría reserva.

A la viuda ocurriósele entonces que, mal por mal, ningún bien mejor que el de la ausencia del mozo y su regreso al lado de su madre, ya que ésta era enemiga de la inclinación que él sentía hacia Rosa.

—Supongo que no te olvidarás de esta casa—dijo.

—Soy hombre agradecido.

Respirando agitadamente, con el pecho sacudido por la emoción, Eufemia añadió:

—Espero que no tardarás en volver...

—¡Sólo Dios lo sabe!

—...Si vuelves, no ha de ser como criado...

Juan calló. Ella le miraba con tanto afán, que se lo decía todo, cuando él no quisiera saber nada.

Le tendió la mano.

—Adiós, Juan.

—Adiós, mi ama.

Y con su atillo al hombro, por el mismo camino que un día recorrió lleno de alegría creyendo que iba al encuentro de su ventura, el mozo regresó a su pueblo con una desoladora desesperanza.

Pensaba en Rosa, que se quedaba allí, encerrada en la cárcel, sin tener a nadie que estuviera a su lado para consolarla.

¿Qué iba a ser de ella?

Había comenzado la instrucción de la causa. El tío Ochavo fué uno de los llamados a declarar, y nunca el usurero, socarrón y desconfiado, midió tanto sus palabras.

No contestaba a las preguntas del juez sino después de meditar sus respuestas con calma, baja la cabeza y los ojos medio cerrados. El tío Ochavo, que sabía de leyes, se tanteaba, temiendo caer en las arenas

movedizas de una contradicción. Y cada una de sus palabras sirvió de prueba contra Rosa.

Terminada su declaración, el secretario se la leyó. Decía así:

«...Y declara que Eusebio López marchó en su compañía la noche del ocho del actual, y afirma y asegura el declarante que el citado Eusebio no se separó de su lado y pasó toda la noche en la finca...»

—¿Es esto lo que ha declarado usted?— preguntó el juez.

—Justamente; no le sobra ni le falta nada.

—Pues firme.

Y el tío Ochava leyó y firmó su declaración con más cuidado que si leyera y firmara un pagaré.

* * *

El regreso de Juan al pueblo constituyó una sorpresa para los vecinos. Pilaro fue el primero en enterarse de su llegada y de las causas que la habían motivado.

Sabiendo lo que sabía, el tonto necesitaba contárselo a alguien, y no a cualquiera. De pronto vió al que buscaba.

—¡Ramón! ¡Ramón!

Era el primo de Rosa.

Atropellándose, queriendo decirlo todo de una vez, Pilaro refirió a Ramón las malas nuevas que trala:

—¿Sabes que Juan ha vuelto al pueblo? ¿Sabes que la Rosa, a más de entenderse con el hermano del ama, la ha robado un dinero y está en la cárcel? ¿Sabes?...

Ramón le atajó.

—Sin prisas, Pilaro... ¿Quién te ha contado eso?

El tonto dijo toda lo que sabía.

—Pues yo aseguro que Rosa no robó a su ama; que si está en la cárcel es sin culpa; que miente el que diga que ella se entendió con el hermano de la viuda y que Juan no ha obrado como debía dejándola presa y volviéndose al pueblo... Pero esto yo me encargo de arreglarlo. Tengo que hablar con Juan.

Ramón conocía a su prima y, por conocerla, negaba que fuera culpable, persuadido de su inocencia.

Esto ocurría en la mañana del día siguiente al de la llegada de Juan.

El mozo había salido, separándose de su madre, quien, sola en su casa, lo esperaba, cuando, inesperadamente, la puerta se abrió y entró Eufemia.

He venido a un asunto al pueblo y no quería irme sin saludarla—dijo la viuda.

Luego, mirando a su alrededor, preguntó:

—¿Y su hijo?

—Salíó, pero no tardará en volver.

Precipitadamente, la viuda añadió:

—Ya se habrá usted enterado de lo que pasó con la Rosa... Supongo que Juan ya no pensará en ella... Y siendo así...

La viejecita, que tenía barruntos de cómo pensaba la viuda acerca de su hijo, suplió los puntos suspensivos diciendo:

—Por mí no ha de quedar... A él pronto se le pasará lo de la Rosa, y más ahora que sabe qué buena pieza es esa moza.

—Lo mejor es que le hable usted y que hoy mismo quedemos de acuerdo. Juan es bueno. Yo lo quiero. Y si él quiere...

—Basta, matrimonio tenemos, y muy de mi gusto.

Eufemia sonrió.

—Fca no soy...

—¿Quién tal puede decir?—le interrumpió la viejecita.

—Mi hacienda es grande—añadió la viuda.

—No creo que él pierda nada casándose conmigo... Háblele en cuanto venga, y yo volveré dentro de un rato, antes de marcharme.

Y en cuanto Juan apareció en su casa, su madre, que no cabía en sí de gozo, le habló:

—Ha estado aquí tu ama.

—¿A qué vino? preguntó sorprendido el mozo.

—Ella dice que a un asunto; pero yo te

digo que en este pueblo, Eufemia no tiene más asuntos que tú.

Sin esperar el comentario de su hijo, la viejecita prosiguió:

—¡Yo creo que no debías ni pensarlo!... Es buena moza, joven, hoarada a carta cabal y la más rica de todo el contorno... ¡Y le gustas!

—No estoy para pensar en amores, madre.

—Soltero no te vas a quedar. ¡La otra ha muerto para tí!

—Verdad es.

—Entonces, yo me encargo de lo demás... Eufemia va a volver.

En efecto, la viuda no tardó en presentarse. Sus ojos miraron a Juan codiciosamente.

—Mi hijo dice que bueno—expuso la vieja.

Y no se habló más.

—Me marchó, Juan. ¿Quieres acompañarme?

Salieron juntos. El coche esperaba a la viuda no lejos de la casa. Antes de subir a él, ella le preguntó:

—¿Cuándo irás a verme?... El domingo te espero.

Alzó hacia él la cabeza, ofreciéndole su boca fresca y golosa. Juan permaneció impasible. Y Eufemia, suspirando desengañada, aplazó para el domingo aquel beso.

—Hasta el domingo—le dijo, subiendo al coche.

El hizo un gesto cualquiera con la cabeza.

Partió el coche. Juan no se movió, mirando hacia el camino que conducía al lugar



Atrae hacia sí la cabeza, ofreciéndole su boca fresca y guisada.

donde Rosa gemía encerrada en la cárcel.

Mientras tanto, Ramón ordenaba a Pilaro:

—Corre en busca de Eusebio y te lo traes, sea como sea. En casa de Juan os espero.

En seguida, Ramón se puso a buscar a Juan, al que encontró en el mismo sitio en

que le dejara la viuda, con los ojos fijos todavía en el camino.

—Tenemos que hablar los dos... Se trata de la Rosa... Vámonos a tu casa, pues es necesario que me oigas.

Juan no dijo que no. Y los dos mozos caminaron hacia la casa.

El primo de Rosa estaba dispuesto a salvar a la huérfana, seguro de su inocencia, creyendo de Eusebio que confesara la verdad.

El hermano de Eufemia sufría en aquel momento al tío Ochavo, al que no le parecía que las cosas iban por su orden.

Hablaban los dos a la puerta de la casa del usurero, que exponía sus quejas firme, pero comedidamente, al mozo, ya que el convenio a que ellos habían llegado no tenía las consecuencias esperadas por el viejo.

—A ti el estar te ha valido hasta la fecha más de cuatro mil reales... ¿Y a mí no me va a valer nada?

—Yo te hubiera dado a usted los tres mil reales si llego a robar.

—Coger, coger—rectificó el usurero.—No se trataba de robar.

—Llémele como quiera... Pues digo que le hubiera dado la mitad si llego a robar los seis mil reales...

—Mira, y mí déjame de cuentos. Lo que yo te pido son cuentas y tú no me las das.

Te llevo prestadas cerca de dos mil pesetas y nada me has devuelto. El dinero que le sacas a tu hermana, te lo gastas o te lo juegas... ¡Reflexiona, Eusebio! Yo no te quiero mal, pero si no me pagas, te meteré en la cárcel.

—Si me dejas.

—Tengo firmados por ti cinco pagarés. De modo que aunque no te dejes, caerás en el garlito como no pagues.

Eusebio y el tío Ochovo se separaron como enemigos. Quedóse meditando el hermano de Eufemia. Y de su meditación le arrancó Pilaro.

—Vengo a buscarte para que vengas en seguida conmigo... Ramón quiere hablarte de la Rosa.

El buen primo de la huérfana habíase encerrado con Juan en la casa de éste.

—¿Tú crees que la Rosa es ladrona? ¿Tú crees que es la amiga del hermano de la viuda?—preguntaba Ramón.

—Yo no sé si ella es ladrona, pero sé que Eusebio salió de su cuarto por la ventana... Eso lo he visto yo... No es que nadie me lo diga.

—¡Pues yo no creo ni una cosa ni otra!—afirmó Ramón.—Rosa no puede ser lo que decís todos, y pronto vamos a saberlo.

Una hora después llegaban Pilaro y Eusebio.

—Te he mandado buscar porque es preciso que nos cuentes la verdad de lo que ha ocurrido con la Rosa—propuso Ramón.—¡Estamos entre hombres!



—Vengo a buscarte para que vengas en seguida conmigo... Ramón quiere hablarte de la Rosa.

Y Eusebio, que no era malo, ante aquel requerimiento, refirió la verdad:

—Yo necesitaba dinero, y como mi hermano se negara a dármelo, el tío Ochovo me aconsejó que se lo robase. Y una noche...

Juan lo oía con el alma en todos los sentidos. Poco a poco la infamia que los celos

de una mujer habían arrojado sobre la muchacha, dejaba de serlo, y a los ojos del que la quería, ella volvía a surgir tal como él la soñó.



— Yo necesitaba dinero, y como mi hermano se negaba a darme, el tío Ochoavo me aconsejó que se lo robase.

Eusebio expuso todos los pormenores de los sucesos ocurridos hasta el momento en que saltó por la ventana.

—Entonces, para justificarme, dije a Juan que venía de estar con la Rosa... Pero la verdad es la verdad... ¡Rosa es inocente!

Hasta los ojos de Juan ascendieron unas

lágrimas, que eran de gozo y de dolor. Su mano estrechó la de Eusebio y luego apretó la de Ramón.

—Gracias—dijo a los dos.

Y, sin añadir más, salió de su casa, y con Pilara encaminóse al pueblo de Eufemia.

V

Dos días llevaba Rosa encerrada en la cárcel. Había llorado mucho y ya no podía llorar más. La desgracia, cebándose en su pobre alma, tan blanca, y en su cuerpo, tan bello, tenía en un estado de absoluta prostración. Todo estaba perdido para ella: honra y amor. ¿Qué podía esperar?

La infortunada niña, en cuarenta y ocho horas, había recorrido los ásperos caminos del desencanto hasta caer en los abismos del que, falto de esperanzas, confía que sólo la muerte la libertará del dolor.

Nunca como entonces hubo de sentir la pena de su orfandad.

¡Pobre muchacha!

Infamada como ladrona y ultrajada como doncella, hecha jirones su virtud de mujercita que guardaba los tesoros de su cariño para ofrecérselos un día, limpios de toda

mancha, al hombre elegido de su corazón. Rosa se hallaba en la hórrida y hedionda cárcel del pueblo, esperando que su infortunio la llevase a la piqueta de un juicio



Dos días llevaba Rosa encerrada en la cárcel.

público que confirmara su doble caída en la opinión de las gentes.

¿Cómo probar su inocencia?

Sólo un hombre, Eusebio, podía hacerlo, y él era el hermano de la mujer que la había acusado.

Ella adivinaba los móviles de la conducta de Eufemia, recordando pequeños detalles

que no pasaron inadvertidos a su perspicacia y que ahora adquirían sus verdaderas proporciones.

Recordaba las atenciones de la viuda con Juan, el timbre cariñoso de su voz al hablarle, el fuego de sus miradas, y toda la inquietud y el ansia de su ama al acercarse al mazo de labranza.

¡Y él también la había creído culpable!

—No, Rosa; ya de ti lo crea todo... ¡llama a tu Eusebio y que él te ampare!

¡Cuánto daño le hicieron estas palabras suyas!

Después de oirlas, sus últimas esperanzas se desvanecieron, para dejar a la huérfana sola con su desventura, yerta el alma, llagados los ojos y sintiendo que la vida era un castigo.

Sentada en el camastro de su prisión, la jovenita volvía a sufrir las torturas de aquellos instantes.

De pronto oyó la voz de Juan:

—¡Rosa, mi Rosa!

Miró, creyendo soñar, a la ventanucha enrejada que hacía entrar en su celda la luz del día y los ruidos de la calle.

¡Era él!

Sus manos se aferraban a la reja y su rostro se aplastaba contra los barrotes, llamándola.

Pasóse las manos por los ojos.

—¡Ven, Rosa, quiero hablarte!

Turbada por una alegría tan grande que asimismo su corazón, corrió a la ventana y ofreció sus manos al mozo, que las cogió entre las suyas para besarlas y decir sollozando:

—¡Perdón, Rosa, perdón por haber dudado de tí!... Ya sé toda la verdad. Eusebio me lo ha contado todo y ahora mismo va a declararlo ante el juez.

La muchacha no podía hablar. Apenas si podía decir:

—¡Juan, mi Juan!

Y las lágrimas de la dicha surcaban sus pálidas mejillas, que las lágrimas del dolor habían abrasado antes.

Sostenido por Pilaro que, aunque hombre de aguante, como Juan pesaba lo suyo, acabó por sentir que sus lomos se derrengaban, la entrevista no pudo prolongarse más tiempo. Por fortuna para ellos su separación no duró mucho. Eusebio que, fuera lo que fuese, tenía conciencia de hombre honrado, declaró al juez toda la verdad, que Rufemís hubo de confirmar poco después sonrojada de vergüenza.

Y el juez decretó la libertad de Rosa...

La joven vió cómo se abrían las puertas de su celda. Un guardia le entregó el mandamiento judicial. Ella lo leyó, y casi no quiso creer que sus sufrimientos tuvieran aquel inesperado fin. Aquello era más que la

libertad: era su honra, y era... ¡el cariño de Juan!

—¡Dios mío! ¡Madre mía!—exclamó.
Y a esto se redujo su acción de gracias.
Vaciló aún antes de salir. La puerta es-



Aquello era más que la libertad: era su honra y era... ¡el cariño de Juan!

taba abierta. Y los ojos de Rosa miraron a lo alto, al cielo azul de la esperanza, y luego distinguieron allá, en la calle, a Juan y a Pilaro que la esperaban.

Y de la cárcel de donde salió el padre de Juan para ir a morir en un presidio, salió

Rosa tan feliz como feliz era Juan a la vez.

¡El amor de los hijos rescataba el odio de los padres!

Apoyada en el brazo de su novio, Rosa volvió al pueblo. Detrás de los jóvenes



¡El amor de los hijos rescataba el odio de los padres!

marchaba Pilaro, el buen tonto, el tonto listo que, en las honduras de su estupidez, había encontrado palabras para unir a aquellos dos seres que se amaban sin atreverse a descubrir su amor.

Estaban nevados los campos. El camino, alfombrado de blanco, ofrecíase como una

ruta purísima, para que por ella marchara la virgen sin mancha, la tímida doncella que no había pecado, que no podía pecar, porque era todo bondad y porque amaba demasiado para que ningún mal pensamiento tachase su alma.

Nada o casi nada hablaron durante el camino Juan y Rosa. Todo lo que tenían que decirse no era para que las palabras pudieran expresarlo. ¡En cambio, qué intensamente sentían! Y como entre el decir y el sentir media el abismo que separa el sueño de la realidad, ellos guardaban silencio, marchando el uno al lado del otro, temblorosos de emoción.

Juan llevó a Rosa a su casa. Entró en su hogar, dispuesto a consagrar a la joven como señora de él. Pero allí estaba su madre, que no olvidaba el odio que produjo la muerte a Martín y que llevó a su marido al presidio.

—¡Mírala, madre!—cogió Juan.—Te la traigo para que la recibas como a hija... Todo lo que se dijo de ella no era verdad. ¡Ha sufrido mucho!... Yo no puedo querer a otra mujer más que a Rosa, y ahora más que nunca... ¡Mírala, madre! Te la traigo para que la recibas como a hija.

La viejecita se irguió y, como el recuerdo cegaba en ella las fuentes de la sabiduría que alumbran los años, dijo:

—¡Pues yo te aseguro, Juan, que nunca,

nunca, la recibiré como a hija en mi casa! ¿Lo entiendes?... Entre ella y nosotros media la sangre del hombre que perdió a mi marido, y si no quieres que yo te maldiga en este mundo y tu padre desde el otro, llévatela fuera de aquí y lá vuélve solo a esta casa.

Juan se estremeció y sintió estremecerse a Rosa.

—¡Enterremos el pasado, madre!—volvió a rogar.—La hija que te traigo está limpia de culpa... ¡Y yo la quiero!

—¡Juan, hijo, no hagas que tu madre te maldiga!

La muchacha tuvo miedo. El sintió en sus manos las lágrimas que el odio de su madre hacía verter a los ojos de Rosa. Y la pena le hizo prudente.

Juan salió con la muchacha y llevóla a casa de sus tios.

—Espera sin temor—le dijo.—Yo te prometo que serás mi mujer. Desde allí dirigióse a la rectoría, para hablar con el cura del pueblo, un santo varón que le oyó con cariño.

—Señor cura, la Rosa y yo nos queremos... Y yo creo que Dios lo ha dispuesto por el bien de las almas de nuestros padres... Pero mi madre no lo entiende así... ¡Si usted pudiera convencerla!... ¡Sería un gran bien para todos!

—Darílla de pelar es tu madre—repuso el sacerdote,—y no sé, no sé... No desconfíes,

sin embargo. Tal vez, con la ayuda de Dios, consigamos algo.

Dos días después era domingo, y en la humilde iglesia del pueblo, acabado de celebrar el Santo Sacrificio, el cura se dispuso a predicar, y bien quisiera el santo varón que el Espíritu Santo le iluminara...

Desde la sagrada cátedra, el sacerdote vio a Rosa, a Juan y a su madre entre los demás feligreses. A los tres primeros, y sobre todo a la madre, iba a dirigir la plática que debía poner término a los odios, abriendo los brazos al amor...

—Y yo os digo— comenzó diciendo el sacerdote—que si antes de rezar no habéis perdonado todas las ofensas, vuestras oraciones no valdrán nada...

La voz del conductor de almas sonaba grave y solemne en el recinto de la iglesia, derramando su bienhechora lección sobre sus agentes.

—Perdonemos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores... Es decir, que así nos perdonarán como nosotros perdonamos...

Heridos por aquellas palabras, los ojos de los feligreses buscaron la imagen del dulce Jesús, del Dios crucificado por rescatar con su sangre los pecados de los hombres. Y en aquel cuerpo ensangrentado, que había sufrido muerte y pasión, se encontraron las



—Y yo os digo que si antes de rezar no habéis perdonado todas las ofensas, vuestras oraciones no valdrán nada...

miradas de los hijos que se amaban a pesar del odio de los que los habían engendrado.

La voz del sacerdote tembló en aquel instante:

—Los pecados de los padres caeran sobre los hijos, es cierto, pero no para perpetuar odios ni enemistades, sino para que en los hijos sea un deber reparar los pecados de los padres y en dónde ellos pusieron odio pongan estos amor... ¡Que así resento Jesús las culpas de todos!

Todas las miradas se volvieron hacia la madre de Juan. Inclínada la cabeza, la viejecita sentía como de su alma afloraban a sus labios palabras de perdón y de cariño para la huérfana, que se arrastró de rodillas hasta ella y gimió:

—¡En nombre de mi madre que no tuvo culpa, en nombre de mi padre que bien pagó lo que hiciera... perdón para todos!

La madre de Juan alzó la cabeza. Sobre el altar erguiose el Cristo demandando con su ejemplo que fuera oído aquel ruego... Ella miró a la huérfana, que ya no podía con su tristeza y que alentaba con la esperanza...

—¡Por hija mía desde hoy te tomo! ¡Que el Señor acepte la buena voluntad de mi promesa!

Y la madre, vencida, abrazó y perdonó. Un viento de emoción pasó acariciando

todas las frentes. En lo alto del púlpito, el sacerdote alzó las manos uniéndolas para la oración. Y allá, en la cruz del Presbiterio, parecía como si el buen Jesús abriera aún más sus brazos para encerrar en ellos a todos los que saben perdonar, a todos los que saben olvidar odios y concluyen sintiendo amor hacia los mismos a quienes han odiado...

Postrados ante la viejecita, Juan y Rosa, en el silencio del templo, recibieron la bendición materna.

—¡Que vuestro matrimonio sea santificado por la luz del amor, como yo siento santificada mi alma después de haber perdonado! ¡Que nunca el recuerdo de la sangre vertida y del presidio en que murió un hombre desgraciado se interponga entre vosotros, como no sea para acrecentar vuestro cariño!... ¡Y que a esta viejecita que tanto sufrió, le ofrezcáis de cuando en cuando un poco de vuestro amor!... Esto es lo que os deseo y esto es lo que os pido, hijos míos.

Así habló la madre, y un sollozo truncó su voz.

—¿Por qué lloras, madre?—le preguntó Rosa.

—Lloro, hija, porque desde el día en que se llevaron a mi Pedro para enterrarlo en presidio, nunca tuvo mi alma alegría alguna y hoy siento que mi corazón está lleno de ella.

Y Rosa dejó que la viejecita llorase de felicidad para mirar a Juan, que estaba allí, a su lado, de rodillas, con una expresión de dicha infinita en su rostro de una viril belleza, con todos los rasgos iluminados por la alegría...

Y ella vió entonces la cicatriz que surcaba la frente del mozo, la huella roja de la herida que de niña habíale producido cuando una amiguita saliendo de la escuela, le dijo:

—*Ese es el hijo del que mató a tu padre.*

¿Quién había guiado su mano?

Acaso el odio, un odio que el instinto inclinaba hacia el amor; nació entonces al ver caer al niño con la frente rota.

Ella hubiera querido ahora besar aquella cicatriz. No se atrevió, contenida por el respeto religioso que le imponía el lugar. Y, uniéndose a él, estrechándose contra su pecho, dijo:

—[Juan, mi Juan, por algo te había yo señalado!... ¡PARA TODA LA VIDA!!

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

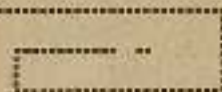
LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
UNA MUJER DE PARIS
EL CORSAPIO
PARA TODA LA VIDA

¡ÉXITO INDESCRIPITBLE!

EN PRENSA: _____
GRANDES NUEVOS ACONTECIMIENTOS

Precio de cada libro: UNA PESETA

UN ÉXITO ENORME



ESTÁN
OBTENIENDO
LOS LIBROS

FERRAGUS (Los Trece)
EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS
BAJO LAS GARRAS DEL ORO
EL ESCÁNDALO

DE LA BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

EN PRENSA:

¡Grandes asuntos de enorme interés!

Precio de cada libro: UNA PESETA

Grandes exclusivas "ICAS"

Para toda la vida

obra inédita de JACINTO BENAVENTE.

Programa selecto "ICAS"

La Dame de Chez Maxim.—Pina Menichelli, 2.280 metros, 4 partes.

Gadenas rotas. — Pina Menichelli, 2.200 metros, 2 partes.

La hora terrible.—Hesperia, 2.300 metros, 5 partes.

La Duquesa del misterio.—Hesperia, 2.060 metros, 5 partes.

El hotel de las sombras.—Hesperia, 1.800 metros, 4 partes.

Bajo la nieve.—María Jacobini, 2.067 metros, 4 partes.

Máscara de Cain.—Jack Holt, 2.100 metros, 4 partes.

El revisor de los coches-camas.—Collo-Bilancia, 1.358 metros, 4 partes.

La pequeña Parroquia.—Itala Almirante Manzini, 2.450 metros, 5 partes.

Travesuras de Susana.—Dionora Jacobini, 1.377 metros, 4 partes.

Programa "ICAS"

Don Carlos.—Histórica española, 1.800 metros, 4 partes.

La Roma desaparecida.—Edy Dalcia, Sandro Salvini, 2.250 metros, 4 partes.

La conjura de los Fiescos.—Silvia Malliverni, 1.800 metros, 4 partes.

El diablo cojuelo.—Evelina Worming, 2.000 metros, 4 partes.

La taberna del Cortadados.—Film de aventura, 1.800 metros, 4 partes.

Los comediantes del Emperador.—Episodio napoleónico, 1.860 metros, 5 partes.

